

# Quilodran

ARTE

LITERATURA



Luis Rivano

Director



2

POSADA, EL GRAN ABUELO MAGICO, Guillermo Deisler — LAS DROGAS ALUCINANTES, Luis Vargas Saavedra — ENTREVISTA A GEORG LUKACS — ELEGIA DEL PRIMER ALUCINADO, Hugo Goldsack — MARTI, Grabado de Carlos Hermosilla Alvarez — INFORME AL CONGRESO DE ESCRITORES, Alejo Carpentier — RANCAGUA VALVULA DE ESCAPE PARA EL CAUDAL NACIONAL, Joaquín Edwards Bello — NOTAS DE LIBROS, Jorge Vergara.

## ECO

Revista de la Cultura  
de Occidente

Editores: Librería Buchholz  
Avda. Jiménez de Quesada 8-40,  
Bogotá - Colombia

## TESTIGO

Revista de Literatura y Arte  
Director: Sigfrido Radaelli

Secretario: Italo Manzi  
Viamonte 458 (Galería Nexo)  
Buenos Aires - Rep. Argentina

## ZONA FRANCA

Director: Juan Lizcano

Dirección: Apartado 8349

Caracas - Venezuela

## ORFEO

Revista de Poesía y Teoría Poética

Director: Jorge Velez

## EL CORNO EMPLUMADO

Editores: Margart Randall Mondragón

Apartado Postal: 13-545

México 13, D. F.

## CORMORAN Y DELFIN

Revista Internacional de Poesía

Director: Ariel Canzani D.

F. F. Amador 1805 (1.ro 5.to)

Oivos - Provincia de Buenos Aires  
Rep. Argentina

LIBRERIA

## MARTIN FIERRO

Libros Nacionales y Extranjeros  
Especialidad en Pedagogía y  
Literatura Infantil

La personal atención del profesor

ERNESTO TORO ORTIZ

CATEDRAL 1077 entre Puente y Bandera FONO 88831

# Quilodran

ARTE - LITERATURA - CRITICA

## Guillermo Deisler

Posada, el gran abuelo mágico

No sin razón Luis Cardoza y Aragón reivindica la figura y arte del grabador José Guadalupe Posada, colocándolo como el gran abuelo mágico de la "pintura activa" de México.

Posada nació en la ciudad de Aguascalientes, en 1851. De los 22 a los 35 años trabajó como maestro en la ciudad de León. En 1887, se trasladó a la Ciudad de México, donde decidió cambiar de profesión. En su ciudad natal, Posada había aprendido el oficio de litógrafo en el taller de Trinidad Pedrozo quien editaba un pequeño semanario progresista, "El Jicote", cuyo atractivo principal eran las caricaturas litografiadas.

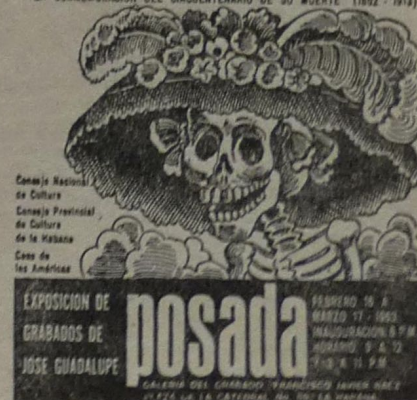
Es así como José Guadalupe Posada llegó a ofrecerse como grabador a la editorial de Vanegas Arroyo. Esta editorial, la más grande en su género en México, publicaba literatura barata para las masas: oraciones, historias de santos, descripciones de casos raros, relatos de crímenes espeluznantes, milagros, los sucesos del día y, para el Día de los Muertos, las "Calaveras". Todo esto impreso en hojas volantes en todos los colores, por las que las gentes pagaba uno o dos centavos. Así quedó sellado el destino de Posada. De allí, de los talleres de Vanegas Arroyo, no iba a salir hasta su propia muerte, ocurrida en 1913, después de dejar una obra cuantiosa, una producción increíble en

un solo artista: más de 15 mil grabados.

La crónica dice que murió en un oscuro cuarto en la Avenida de la Paz, ciudad de México y "fue llevado a cuentas al Panteón Civil, por tres de sus amigos, humildes como él, uno de los cuales sabía leer. El Registro Civil les dió una boleta para una fosa de sexta clase. Sus restos, a los siete años, al no ser por nadie reclamados, fueron a dar al osario común".

Nacido en el seno de una humilde familia campesina, Posada como ilustrador de cuanto se editaba en los talle-

EN CONMEMORACION DEL CINCUENARI0 DE SU MUERTE (1862 - 1913)





res de Vanegas Arroyo, vio la vida con ojo profundamente popular, revelando en su obra la vida del pueblo mexicano a fines del siglo XIX, que va a desembocar en la Revolución.

El rasgo singular en el arte de Posada —singular también dentro de los límites del arte popular— no es que sus grabados sean descripciones magistrales del mundo de la gente pobre, de los diferentes tipos populares, de las escenas de la vida cotidiana. Lo extraordinario, aquello en que estriba su importancia social, histórico-cultural y también artística, es que haya logrado mostrarnos ese mundo tal como lo ven los que lo componen: el hombre en la calle, la mujer en la cocina, la comadre de los mercados. En aquellos grabados suyos, hojas de tamaño pequeño expresa el pensar y sentir de su pueblo, el pueblo mexicano.

Su obra llega a ser tan monumental porque ha comprendido eso. No hincha el episodio, no le confiere dimensiones que sólo darían lugar a una falsa monumentalidad. Sus observaciones, asombrosamente perspicaces y vigorosas las fija en la estampa, que le permite fustigar las condiciones imperantes, exhibir las miserias sociales, luchar contra la injusticia.

No hacemos justicia a Posada si nos ocupamos sólo del aspecto documental y costumbrista de su obra. Este hombre modesto, a quien durante su vida nadie había considerado artista; que trabajaba en su taller como artesano, un artesano a la antigua, creando obra tras obra sin sospechar siquiera que eran obras de arte, se forjó su propio lenguaje formal, su propio estilo gráfico.

José Clemente Orozco, el gran muralista, cuenta que "Posada trabajaba a la vista del público, detrás de la vidrie-

ra de su taller" y de esta manera recibió de él sus primeras lecciones artísticas.

Solo en sus primeros tiempos, en la ciudad de León cultiva el grabado en madera, pero luego en México en la editorial de Vanegas Arroyo recurre a planchas de la aleación de los caracteres de imprenta y que es lo suficientemente blanda para trabajarla con la gubia y dura para imprimir varios miles de copias.

Pero ni este procedimiento es bastante rápido para dar abasto al trabajo que requiere la editorial, a la enorme cantidad de volantes que tienen que salir antes de que el efecto del caso recién acontecido se haya esfumado. Posada renuncia a la gubia, al grabado en el sentido estricto de la palabra.

Posada inventa para su producción express un procedimiento propio. Con tinta especial, dibuja directamente sobre las planchas de zinc. Luego bañándolas en ácido corrosivo, quedan listas para la imprenta sin perder tiempo en dibujos ni estudios previos.

México con un tradición ininterrumpida, en la que la estampa juega un papel didáctico-cultural, la "calavera", es un tipo de grabado específicamente mexicano y altamente característico de la actitud de las artes gráficas mexicanas.

En la "calavera", hoja volante que aparece el Día de los Muertos, se aprovecha esa especie de libertad de carnaval que brinda el 2 de Noviembre para hacer burla de las personalidades dirigentes de la vida pública, de los pequeños disgustos y calamidades de la época y, en general, de todo lo que ocupa y preocupa al pueblo. No hay que olvidar que en México no se considera, ni



se representa gráficamente a la muerte como un adversario infernal o escalofriante, sino como un compadre, un amigo. Innumerables manifestaciones del arte popular mexicano se refieren amablemente a la muerte.

Las posibilidades artísticas que encierra esta disposición temperamental del mexicano hacia la idea de la muerte no se escapa a sus artistas más representativos.

Se dice que las primeras "calaveras" litografiadas, salieron de manos de José Manila, quien a la llegada de Posada tenía ya varios años al servicio de Vanegas Arroyo. En todo caso es con José Guadalupe Posada con quien alcanza su cima artística, cuyas numerosas calaveras son sus obras maestras.

Esta herencia gráfica inesperada es de donde surge todo el arte moderno mexicano, el nuevo grabado de México, de Orozco, Rivera, Méndez, Pablo O'Higgins a Rojo, Coronel, Cuevas.

Se ha dicho que gracias a la Revolución los mexicanos se descubrieron a sí mismos. "Es la Revolución, la más poderosa transformación por la que ha pasado el país, y gracias a la cual el pueblo mexicano cobró conciencia nacional, por primera vez desde el derrumbe del Imperio azteca".

En este sentido Posada —con una tradición, jamás interrumpida desde el siglo XIV, en que la estampa se hizo instrumento de la educación del pueblo— es uno de los más geniales precursores de la Revolución mexicana. Sus cerca de 20 mil grabados, que tienen la autenticidad de lo documental, son una verdadera enciclopedia de lo mexicano.

Este fenómeno, el fenómeno Posada,

## QUILODRAN

Nº 2

AGOSTO, 1967

AÑO II

Director:

LUIS RIVANO

Castilla 54 — Santiago

espíritu creador, que supo desarrollar en hojas gráficas de tamaño modesto un estilo tan personal, se vuelve en el México post-revolucionario, base de toda la producción artística de las artes gráficas y también de los murales.

Pero "ninguno —dirá Diego Rivera— imitará a Posada: ninguno definirá a Posada. Su obra, por la forma, es todo el arte; por su contenido, es toda la vida, cosas que no pueden encerrarse dentro de la gaveta de una definición".



# Luis Vargas Saavedra

## Las Drogas Alucinantes

"Me volví un ángel de seda y crucé los colores con la rapidez de un presentimiento. Después era una cobra. Más tarde un hilo suspenso. Luego fui un sultán turco, y repentinamente me hallé corriendo como un coolie chino, y por último estallé en una fanfarria de esplendores"...

Así escribió un autor norteamericano después de haberse ofrecido como voluntario a los experimentos psiquiátricos en torno de una droga llamada L S D. Pero no todo fue visión, ni tampoco todo fue éxtasis — también hubo que padecer náuseas, terrores, mareos y angustia.

Hay otros casos: un estudiante de Harvard trabajó durante 2 días convencido de que medía solamente 10 centímetros de alto... Otro estudiante, creyéndose (como Nijinski) Dios, se lanzó al medio del tránsito... (Dios lo quiso salvar...).

Iván Tors, un productor de películas, cuenta que ante el espejo presenció su evolución completa, como una secuencia darwiniana, desde el reptil, pasando por las aves, hasta desembocar... en el mono (cada cual sueña según lo que cree).

El asunto de las "drogas alucinantes" ("hallucinogens" las llaman aquí) ha tenido repercusión por la "batalla de Harvard". Dos profesores de Psicología, llamados Timothy Leary y Richard Alpert, se "devocionaron" con la L S D. —que es "un compuesto de diatilamida tartara de ácido "d-lisérgico"— a tal punto, que invitaron a todos los postgraduados para que participasen en una investigación colectiva. Rápidamente la atracción se volvió demanda urgente, y en las fuentes de soda y en cualquier puesto de esquina, cualquiera podía comprarse su dosis de "peyotl" (Psilocybe mexicana u "hongo sagrado" de los aztecas) o de L S D., a precios que se iban haciendo cada vez más altos e inaccesibles (Mercado Negro, etc.). En poco tiempo "toda" la Universidad estaba "en trance"; profesores y alumnos absortos en producirse alucinaciones químicas y

en experimentar "revelaciones". Los cursos de Química Orgánica se repletaron de universitarios interesados en fabricarse por sí mismos la más pura cuota de alucinógenos.

A tal extremo llegó el caos, que la Universidad recurriendo a los reglamentos, logró por fin expulsar a los dos psicólogos. De inmediato el dúo se dirigió a México para formar allí "un centro de investigación", al cual empezaron a peregrinar toda especie de poetas, teólogos, yogas, snobs, etc. —todos aquellos que aquí constituyen el nivel "sofisticado". La avalancha se cortó drásticamente cuando el cauteloso gobierno mexicano los puso en la frontera...

Han quedado a la deriva. Ahora buscan el oasis comprensivo que les permita sumergirse o elevarse en sus paraísos. De México se fueron a la British West Indies; a la diminuta y apalmerada isla Dominica. De allí partieron a otra isla (desierta) que compraron y que les fue quitada: de todas partes los expulsan. Continúan a la deriva. Parias.

Este grupo de indeseables se produjo por la cortesía científica de Sandoz (Compañía Química, o Laboratorio suizo, con ramales en los Estados Unidos), este Laboratorio suplía psilocibina gratis, como muestra médica, a los investigadores reconocidos que poseyeran un título de Medicina. Leary y Alpert no lo tenían reglamentariamente, pero eran tan famosos que Sandoz les dio algunas muestras. (Leary fue director de las investigaciones psicológicas del Kaiser Foundation Hospital, y su tratado acerca del diagnóstico de la personalidad, sería "un clásico en el tema", según sus colegas). Aunque Sandoz nunca les envió L S D., ellos se la conseguían por medio de sus amistades. El Laboratorio suizo, alarmado por el furor que se iba fermentando en Harvard, rehusó suplir psilocibina o L S D., a ningún grupo que no estuviese colaborando con el Estado, o bajo su permiso.

Aun así, Leary y Alpert desencadenaron una verdadera orgía de alucinacio-

nes, y el alumnado, obedeciendo a los manifiestos que circulaban por la Universidad, se lanzó en masa a "La Experiencia" (como suelen llamar al trance químico). En cuanto el comercio estuvo invadido por turbios personajes de inmediato comenzaron los recelos y las averiguaciones; la Universidad estaba alerta, pero aún maniatada por los propios reglamentos.

La batalla entre Harvard y los dos profesores fue larga, debido al respeto tradicional por la libertad de los académicos, más el deseo de no estremecer el ambiente con una especie de escándalo mafioso.

Es interesante enumerar lo "bueno" y lo "malo" de la L S D.: los alucinógenos no forman hábito —no esclavizan (pero la Ritalina puede hacer adictos...). Daños orgánicos no hay— a menos que la persona sufra, desde antes, del corazón o del hígado. Si la salud mental de la persona es buena o estable o firme, es improbable que le ocurra algún colapso. Media hora después de haber sido ingerida —y antes de que empiece a surtir efecto— no se puede detectar ninguna huella o presencia en el organismo (su actividad es promotora: como un gatillo que dispara toda una serie de anomalías).

Una vez que el gatillo ha sido apretado y la droga empieza a actuar, entonces ocurren extrañas, sensacionales experiencias. Primero los sentidos se agudizan. Cada gesto, cada color y forma, cada sonido, textura, silencio, pliegue o perfume son percibidos con una poderosa intensidad, magnificadas hasta la fascinación. Algunas personas se han arrodillado a acariciar una piedra durante horas, compenetrándose en su esencia, caricia a caricia y toque a toque. Otros se han sumido en un estupor infinito ante la maravillosa arquitectura de una cebolla, translúcidamente cortada en dos pórticos por un simple cuchillo de cocina... y Aldous Huxley ha descrito su hallazgo de un paisaje, completo, con cerros y precipicios, entre los cotidianos drapados de sus roídos pantalones de corduroy.

La Música se humaniza o se abstrae, en todo caso se agiganta. Al mirar un cuadro, las intenciones y los dramas que el pintor fue cubriendo pincelada tras pincelada, reaparecen como a través de una súbita transparencia. Re-

cuerdo el caso de un artista en Cambridge (Inglaterra) quien fue llevado al Fitzwilliam Museum para que describiese lo que veía bajo los efectos de la mezcalina. Según él, hasta los esbozos de Reynolds se desvelaban de las cubiertas de pasta y cromos, para quedar al aire, intactos y nítidos, como un mosaico bizantino milagrosamente recuperado de la profanación islámica...

Pero, a medida que los efectos traspasan al organismo, erosionando al sistema nervioso, el sujeto cruzará una verdadera muerte psicológica. Así la describen todos: una ruptura, un desplome verticalísimo, en el cual el Yo se rasga, faceta a faceta, para renacer: imponderable, eterno, liviano y profundo — sin edad, con sabiduría.

Los artistas sostienen que la L S D les ha revelado el proceso creador y que gracias a ella sus obras mejoran más a más. Varios llegan a declarar que han visto a la Deidad. Otros se estremecen recordando suplicios psicológicos, masacres de su personalidad.

Sea quien se sea, el sujeto quedará remecido. La L S D lo habrá sacudido como un magno tifón secreto pero imborrable, y en algunos casos los conflictos latentes: los dilemas post-puestos y desatendidos, todo el volumen de tendencias refrenadas, saltarán como leones por fin sueltos de sus jaulas, o como avalanchas de un dique quebrado, para devorar y dejar arrasada la normalidad de una persona que parecía sana y feliz. Tales gentes se han desesperado al conocerse — al tener que conocerse y aceptar, en su verdadero realismo ineludible, la efigie adversa que ellos son cuando las máscaras de la inteligencia o del miedo han sido quitadas. Tan espantoso es el dolor en algunas personas, que varios han optado por suicidarse. Así empiezan las inconveniencias, los peligros y estragos de la L S D y los demás alucinógenos. Individuos que parecían un dechado de normalidad, súbitamente enloquecen hasta el suicidio.

Se desconoce el efecto que el dosage frecuente producirá en personas aún bien normales, sin venenos ocultos; no se ha podido fiscalizar esos matices sutísimos que diferencian un alma de otra, y ante esta carencia de datos, el riesgo permanece allí, en lo hondo de cada conciencia, latente, escondido, co-

mo la anaconda en el fondo del estanque...

Si leemos los manifiestos de Alpert, iríamos constatando la desintegración de un científico, hasta parar en un... oculista. Desde la objetividad científica, que es una especie de estratósfera internacional, de precisión bien expuesta y comprobable, se ha derrumbado hasta el esotérico pot-pourri de los sutras tibetanos... Este hombre partió como un investigador, armado de fama y prestigio, asistido por su experiencia de sicólogo más toda la colaboración de su cátedra en Harvard; el propósito era explorar las repercusiones de esta droga que según él, abriría nuevas perspectivas para la mente del hombre. El desenlace es una suerte de harakiri: de auto-expolio de precisamente aquellas capacidades que le habrían permitido hacer alguna contribución valiosa para la Ciencia. Alpert creía que el verbalismo de nuestra civilización entera ya estaba broceado y no servía para nada más. En sus palabras: "The verbal dam is collapsing". Proponía la sensación directa, el relámpago de la intuición — y allí es donde cayó, exactísimamente, la denuncia de Harvard: Alpert propiciaba una experiencia, solamente una sensación, que no podía ser transmitida a los demás. Por lo tanto, sin valor colectivo, sin poder plural, sin alcance amplio. Una universidad no trabaja con los imponderables invisibles de una experiencia que no cabe en el verbalismo de la comunicación. Seguir ese camino, era precipitarse en una nada, tal vez suntuosa, pero intraductible. (Leer las descripciones de las revelaciones producidas por los alucinógenos — releer la que encabeza este artículo — es mascar aire... No sacaremos en limpio nada más que una vaga noción semi-poética y del todo fantástica, acerca de un estado de exaltación artificial).

El doctor Dionisio Nieto, eminente director del Instituto Médico Biológico de la Universidad de México, hizo una crítica de las declaraciones de Leary: "El intento de fomentar la actividad de la mente creadora, mediante alucinógenos es una tontería, ya que se sabe muy bien que ninguna comunidad jamás ha logrado de este modo alcanzar al progreso cultural o social. Miren a la India con sus comedores de hashish. Miren a nuestros propios indios mazatecas

con sus sagrados hongos". (A este doctor se debe la extracción de Leary y Alpert de su mentado "Centro", en Zihuatanejo).

Yo creo que cuando una persona llega a sentir normalmente, o sea por su propio talento psicológico (su dotación, su "paciencia" o cultura) uno de estos trances o festividades de la sensibilidad, entonces toda su personalidad disfruta de un premio merecido, y el éxtasis viene a culminar sobre un largo proceso de perseverancias. En cambio la píldora o el sorbo de un concentrado químico darán —a tontas y a locas— un sacudón inaudito, que la persona no conocía. También creo que falta en los paraísos artificiales la lucidez de los verdaderos; cuando los artistas se adentran en su talento, como quien camina hacia el fondo de un jardín secreto, ellos tienen las llaves y conocen más o menos el camino, y es por eso que están hacion-



Dibujo de Luis Diharre

do Arte. Pueden entrar o salir de sus poderes, a voluntad. Son capaces de colocar medio cuerpo adentro y dejar el brazo afuera: para seguir escribiendo o pintando lo que el otro resto escucha o mira. Cual más y cual menos, los artistas tienen gobierno —cierto gobierno— de sus trances. El hecho técnico lo demuestra, porque si una persona puede producir una obra rigurosa, regida por cánones ajenos y por exigencias propias, entonces su libertad es grande y su lucidez mayor aún; ha podido sentir y expresar; entender y traducir, dándole estructura e intención a su experiencia. (Es por todo esto que yo considero que el trance estético es un proceso automático y voluntario —como una casulla que

uno se investe se saca— siempre con ambas manos libres).

Si un poco de cierto ácido pudiera transformar a un artesano en un genio, o a un laboratorista en un Premio Nobel, entonces brindaríamos por estos alucinógenos. Pero hasta ahora el saldo es miserable: un puñado de parias escupidos de un país a otro, un montón de cadáveres de desesperados, una universalidad casi desquiciada, y mucha literatura... ¡como ésta!

Luis Vargas Saavedra

Valle del Sacramento  
California

## Entrevista a Georg Lukács

LUKÁCS: —De un libro me interesa siempre ver si lo que dice en él es algo que no se hubiese podido contar en la misma dimensión, digamos, del reportaje, si en él las cuestiones se plantean y los problemas se resuelven en un nivel realmente artístico, y no en las dimensiones de la sociología. En este sentido soy un conservador, y exijo que para todo lo que es importante en el arte se encuentre su forma correspondiente. Esto vale siempre, desde Homero hasta Kafka. Soy contrario, del mismo modo, a la forma sin contenido y sin un problema poético en su interior. Para todo lo más hay otros medios y otros instrumentos: la prensa, por ejemplo... La tarea del artista es descubrimos el problema mediante la forma artística...

Por otra parte, es cierto que en los países socialistas la literatura debe sustituir a veces a la prensa diaria. Pero en cuanto al arte, no podemos renunciar nunca a los criterios artísticos. El ejemplo de la prensa fue válido más a menudo y más claramente en el pasado. Puede referirse a la novela inglesa del siglo XVIII. Tomemos el caso de Moll Flanders, de Defoe.

Substancialmente es, sí, una representación crítica de la situación social de aquella época; pero, al mismo tiempo, es gran arte. Me aburro un poco cuando la oigo decir que para mí no existe nada fuera de los siglos XVIII y XIX; pero quiero afirmarlo una vez más: la crítica marxista tiene que subrayar siempre que el escritor debe escribir siempre en el nivel de Defoe, sobre los problemas y los acontecimientos más actuales. Desde luego, no me refiero al estilo, sino al nivel,

naturalmente en relación con la sociedad actual y su literatura. Nada tengo que objetar si la literatura llena tareas sociológicas. Mas, tomemos la literatura alemana de antes de 1848; entre los numerosos ejemplos que nos brinda, escogeremos "Deutschland, ein Wintermärchen", de Heine. De hecho es una obra exquisitamente política: En ella se describe una situación política y social determinada, pero ¡con qué medios artísticos grandiosos para aquella época! De la literatura siempre debemos exigir ese alto nivel artístico que existía también en la literatura soviética de los años veinte. En los veinte años sucesivos se verificó una decadencia incontestable de la literatura socialista —con algunas excepciones, por supuesto, como, por ejemplo, en nuestro país, las dos grandes novelas socialistas y los cuentos de Déry.

Esto se debió a que el realismo socialista ha sido reducido a algo que yo llamo "naturalismo erarial". Es por esta razón que escritores capacitados y lectores despiertos se han alejado de él y que contemporáneamente muchos escritores se han confundido y han pasado de un justo sentido de horror hacia ese realismo falso, a la oposición al realismo en general.

LEHM: —Puesto que hemos hablado de él, ¿cuál es la situación del realismo socialista según Ud.?

LUKÁCS: —Cualquier gran arte —lo repito, desde Homero en adelante— es realista en cuanto es un reflejo de la realidad. Es esa la contraseña infalible de todas las grandes épocas artísticas, a pesar de que los medios de expresión eviden-

temente, son muy diferentes. Luego, cuando hablamos de realismo, debemos tomar en consideración de una manera o de otra el período en que surgió. Desde este punto de vista, el realismo socialista para mí, es simplemente el realismo de la época del socialismo, derivado de la naturaleza intrínseca del socialismo. Lo que yo rechazo con firme decisión son las recetas sobre como se debería presentar este realismo. Lo mismo vale cuando se prevé de manera concreta y detallada la naturaleza de la sociedad socialista y comunista. Imagine usted si, después de Swift, Defoe y Fielding, y antes todavía de la creación de las obras de Balzac, de Dostoievsky y de Tolstoy, alguien hubiese querido escribir sobre la teoría del realismo burgués...

En mi opinión, nos encontramos en el umbral de un gran renacimiento del realismo socialista. Sólo que ya Solzhenitsyn nos muestra que será algo completamente distinto puesto que también los problemas frente a los cuales se encuentra el escritor son completamente distintos. El realismo siempre bota de los problemas planteados por la vida. Pero, ¡Cuidado! no queramos hacer de Solzhenitsyn un nuevo Sholojov! Dentro de unos años, veremos que tipo de escritor será. Lo que nos interesa es su manera de presentar los problemas. Por experiencia soy absolutamente escéptico a las profecías en literatura. En ese campo todo debe ser primero demostrado.

También en lo que concierne otro aspecto, quisiera prevenir incomprensiones. Cuando hablo del realismo derivado de la naturaleza intrínseca del socialismo no me refiero solamente a los escritores del mundo socialista. Para mí, "Les voyageurs de l'impériale", de Aragon, es muy importante en este sentido. O sea, el autor se ocupa de temas que en sentido general deberían ser los temas de una novela burguesa; pero él parte de un punto de vista que le hace posible crear algo extremadamente importante, lo mismo vale para la poesía. Tomemos a Eluard y a Attila Jozsef: son socialistas, pero al mismo tiempo, ¡Qué prototipos son en comparación con la literatura burguesa! Luego, cuando digo "realismo socialista" me refiero a toda la literatura en cuanto se trata del punto de vista y nunca del tema. El tema es universal, la literatura refleja el mundo en su conjunto: los escritores socialistas de Oriente y de Occidente tienen ciertos rasgos comunes que los diferencian de los escritores burgueses contemporáneos. Todo esto se puede comparar con una galería de arte: cuando paseamos por las salas, podemos constatar que en distintos pintores de una misma época y con los mismos principios están presentes rasgos comunes. Es precisamente en ese sentido que existe el realismo socialista, no en el sentido de ciertos libros estúpidos que quisieran imponerle los principios.

LIEHM: —Quisiera dar un pequeño paso atrás. Lo que usted acaba de decir, ¿significa que usted está de acuerdo con la concepción de Aragon del "realismo abierto", o de Garaudy del "realismo sin riberas"?

LUKACS: —En general pienso que toda la literatura grande y verdadera es realista. Y aquí no se trata del estilo, sino de la actitud frente a la realidad. Hasta las cosas más fantásticas pueden ser realistas. El problema estriba en ver hasta que punto se pueden definir como realistas ciertas tendencias modernas. Mis objeciones contra estas últimas empiezan allá donde la literatura, en

cierta desorientación renuncia a su fisonomía universal y pluridimensional, no solamente en cuanto al contenido, sino también en cuanto a la forma. Quisiera dar un ejemplo: la orientación cubista del arte se basa en la máxima de Cézanne, según la cual las cosas nos aparecen siempre en formas cubistas. Ahora que las opiniones de Cézanne han sido dadas al público, hemos visto que él se refería a todos los signos del mundo aparente: a los colores, a la relación de los objetos entre sí, hasta el olor, y así seguido, en fin, si concepción es universal, mientras el cubismo hace suyo solamente uno de todos los postulados de Cézanne. Esto conduce, evidentemente a un empobrecimiento del arte. En realidad, no existe ninguna expresión artística que no esté fuertemente influida por el subjetivismo; pero una acentuación excesiva del subjetivismo lleva inevitablemente a un ulterior empobrecimiento. Y yo soy contrario a cualquier empobrecimiento. Por su naturaleza misma, el arte es infinitamente pluridimensional; en los últimos años se manifiestan fuertes tendencias hacia una dimensión única y yo me opongo.

LIEHM: —Me refiero brevemente a lo que Sartre dijo en Praga sobre las perspectivas de la novela, o sea que la gran novela del siglo veinte será una novela de experiencia socialista.

LUKACS: —Es una idea muy aguda: En cierto sentido es verdad. Yo también soy de la opinión que una gran síntesis sólo puede realizarse desde el punto de vista socialista. Comparto la opinión de Sartre sobre la importancia de superar la era stalinista. Ya que hablamos de esto, es muy interesante observar como aquella época actuó sobre los hombres. Hubo quien se doblegó y quien logró mantenerse firme. Ciertamente todos los que hoy viven y crean, en aquellos años decisivos se encontraban de un modo o de otro bajo la influencia de aquella época. De estos hechos nacerá sin duda una gran novela o un gran drama.

Hoy tenemos por delante un largo período de coexistencia pacífica. Así que, naturalmente, el modo como la literatura de Occidente resolverá sus problemas no es indiferente. Creo que, al respecto, puede ser de ayuda una vez más el gran ejemplo de Thomas Mann. Su "Doktor Faustus" contiene todo el problema del mundo del fascismo; luego, este libro es y sigue siendo una de las grandes novelas de nuestra época. Actualmente existe en Occidente una literatura a la moda, que se esfuerza en demostrar que todo este mundo alienado, hacia el cual se muestra contraria, en el fondo es interesante desde el punto de vista artístico. Es así como, por ejemplo, en Alemania Occidental surgen a la luz escritores que en cierta medida se han vuelto sostenedores no conformistas del régimen de Adenauer. Al propio tiempo, hay también escritores que con mucha seriedad toman posición en contra de ese mundo alienado. En sus tiempos, Sinclair Lewis con Babbit descubrió esa alienación con una aguda forma satírica. En aquel entonces fue de gran importancia. A veinte años de distancia, ya no sería posible hacerlo en la misma forma. Aparecen obras trágicas (T. Wolfe, O'Neill) que se inspiran de nuevo en la lucha contra la alienación, y a menudo somos testigos de una lucha trágico-dramática contra la propia alienación. Por ejemplo, en su novela "Set this house on fire", Styron muestra, con la ayuda de la dialéctica, que para los

ricos la causa de la alienación es la riqueza, y para los pobres lo es la pobreza, hasta que al fin se llega a una explosión a la Raskolnikov. Esto no podemos olvidarlo.

Un día tendremos una gran novela socialista; pero pasará todavía bastante tiempo antes de que los escritores socialistas se liberen de todos los obstáculos y de su propia censura interior; por eso deben buscar aliados en la gran literatura del pasado y también en aquellas tendencias de la literatura occidental cuyas estructuras he mencionado antes; deben ver cómo los mejores luchan en contra de la alienación. En último análisis, entre ellos encontramos también aliados políticos. Quisiera decir que esta no es una objeción al punto de vista de Sartre, sino una añadidura, algo que la completa...

LIEHM: —Volvamos todavía, se lo ruego, a los problemas de la literatura y del arte. ¿Qué importancia tiene para la literatura y el arte lo que usted ha dicho a propósito del pensamiento, de la ciencia?

LUKACS: —Tengo la impresión de que hoy en nuestros países el arte "apolítico" puede desarrollarse con suficiente tranquilidad (bajo Stalin no existía, o por lo menos no se manifestaba). Pero no existe ninguna literatura ni ningún arte apolítico. El artista nunca puede evitar el tomar posición. Velázquez y Goya eran pintores de corte, pero véase como han expresado a través de su retrato todo su desprecio por la corte de entonces. Sin embargo, hoy existen posiciones manipuladas de modo realmente original. En muchos países socialistas tenemos una gran cantidad de literatura científico-social cuyos rasgos substanciales son puramente positivistas. Pero, si el libro contiene un prefacio hábil, que repita determinadas citas deseadas por ciertas autoridades del momento entonces no encuentra dificultad alguna en la prensa ni en la crítica. Los que satisfacen ciertas pretensiones exteriores pueden escribir con toda calma, como se escribía hace cuarenta años. Pero, los que se esfuerzan en remover los problemas del momento, de las posiciones del momento siempre chocan con grandes dificultades, aún cuando piensan que el punto de vista marxista, o bien por ese mismo punto. En mi opinión, en la situación actual, para superar los métodos stalinistas en el socialismo de hoy es indispensable que el marxismo no falsificado goce de una libertad de expresión plena.

LIEHM: —¿Y la libertad de la literatura, del arte?

LUKACS: —En un determinado período, entre 1946 y 1947 yo hablé en Budapest sobre el tema "¿Arte libre o arte dirigido?" Ya entonces afirmé que el arte es un fenómeno social que por consiguiente no puede haber un arte absolutamente libre. Cada sociedad impone determinados límites a su libertad, bien sea por la fuerza de las tradiciones, bien sea por medio de disposiciones; pero lo hace antes que nada por medio de lo que me place llamar la "demanda social" de la sociedad al arte; o sea a través de aquellos problemas, de aquellas demandas de toma de posición, etc., que la propia sociedad (y, en ella, las clases) plantea al arte. En qué medida esto sostiene o frena al arte, es una cuestión que, desde luego, no puedo encarar aquí. De todos modos, limita en concreto la libertad abstracto-metafísica. La afirmación según la cual el arte nunca ha sido libre bajo el capitalismo es una mentira

(en ese sentido tenemos a nuestra disposición numerosos pruebas desde Balzac hasta Karl Kraus). Si alguien se obstina en afirmar que, como artista, ha gozado de plena libertad en la sociedad burguesa, esto significa que ha sabido adaptarse perfectamente hasta tener la ilusión de la libertad plena. También en el socialismo se impondrán siempre limitaciones al arte. Cada estado socialista probablemente debería prohibir siempre la propaganda contrarrevolucionaria en su territorio. Pero en el ámbito de la creación artística que no niega al socialismo de manera agresiva, y en cuadro de condiciones de existencia normales, en mi opinión, los artistas deberían hacer y crear lo que quisieran, y la crítica artística e ideológica debería hacerse solamente ex post. El arte dirigido tal como lo conocimos en la época stalinista, sólo puede conducir al naturalismo "erarial" o al llamado romanticismo revolucionario; es decir, a la creación de perspectivas momentáneas y de ilusiones en lugar de la realidad. En efecto, el arte siempre tiene un espacio mayor en una situación consolidada que en una situación de guerra civil, cuando están en juego cosas mucho más importantes y nadie tiene tiempo para ocuparse de cosas como el espacio para el arte y la literatura, y así seguido. En este sentido la época de Stalin se caracterizó por el hecho de que, en una situación normal, se gobernó con un método que es habitual en una situación de guerra civil. Un partido ideológicamente maduro puede, obviamente ejercer su influencia sobre el arte y sobre los artistas, pero sólo en cierta medida muy limitada. En primer lugar porque el partido con una dirección ideológica justa está en condiciones de hacer concientes a los artistas de las tareas sociales del momento y de facilitar su orientación hacia la vida y el reflejo artístico de ella. Eso no significa en absoluto prescribir sino esforzarse para convencer. Tomemos el ejemplo de la influencia de Lenin sobre Gorki, que existió sin duda; pero recordemos también los límites de esa influencia: las cartas de Lenin a Gorki: Querido amigo, yo no comparto su opinión... en realidad, yo me opongo a cualquier concepción del partidismo que se reduzca al hecho de que el arte debe ocuparse de la ilustración de las últimas resoluciones. A diferencia de la investigación científica —donde, en la averiguación de los hechos (pero no en su interpretación—, no puede existir una posición apreciativa—, para mí en el arte, desde el punto de vista estético, la importancia de esa posición apreciativa es fundamental. Desde los tiempos más remotos todas las poesías de amor fueron escritas, o bien en favor de una mujer, o bien en contra de ella: luego, es poesía partidaria. Y precisamente cualquier artista —desde Homero hasta Beckett— toma posición sobre cuestiones de carácter privado, así como toma posición también sobre cuestiones de carácter social, independientemente de la medida en la cual es consciente de ello. Nosotros debemos aspirar a que en nuestro arte la toma de posición socialista descuelle de la manera más clara posible. Pero no debemos obtenerlo por medio de las resoluciones, sino a través del nivel ideológico general existente en el país.

\* Entrevista hecha por el periodista checo A. J. Liehm, y publicada por la revista *Il Contemporaneo*, Año VII, Nº 69.

# Hugo Goldsack

## Elegía del primer Alucinado

Yo no podría negar los derechos de I-Tor.  
Nadie negará tus derechos, I-Tor.  
Aunque por defenderlos me apedreen.  
Y mis hermanos de clan me arranquen los ojos.  
Y me quiten las manos del lábaro de mi tótem.  
Y me abandonen ciego en la selva enemiga.

Nadie negará tu existencia, I-Tor,  
mientras yo esté vivo,  
y tu voz de azufre ritual me ilumine el plexo,  
el sexo y la boca,  
como si empezara a arder.

Tú sabes hablar en la noche.

Inmóvil y desvelado al fondo de la caverna.  
Tú sabes hablar y ladrar,  
y aún cantar como los pájaros.

Y graznar con vieja y sabia lengua de lechuza.

Y desbordar los ríos de la sangre  
como si me deshielara.

Tú sabes herir de vida, I-Tor  
Tú enseñas a golpes de relámpago.  
Y sobre la fuga de los lobos,  
consigues que estalle la dentadura alegre  
de una flor que me hace reír hasta la aurora.

He medido tus plantas en la arena del sueño.  
Son iguales a las mías.

He acariciado el follaje con mi áspero tacto  
y lo he visto temblar lo mismo  
que cuando tú lo besas  
mientras el sol se pone.

Las aves del aire se devuelven  
cuando las silbo como tú.  
Y tú estás dormido.

I-Tor, I-Tor,  
sombra mía,

hermano mío,  
llanto mío,  
tú y yo somos el mismo espectro.

A veces, tú el eco y yo la voz.

A veces, tú la flauta y yo la música.

La música que empuja hacia afuera a la tribu  
y la obliga a danzar sobre la escarcha.

Pero tú no pesas, I-Tor.

Tú no necesitas alimentos. I-Tor,  
ni agua con fuego adentro.

Tú no aullas de dolor cuando nos hieren  
en medio de la guerra.

Tú eres inmutable como el sol en el aire.  
Tú eres de aire,  
de aire tibio,  
y te pareces extrañamente al miedo  
a veces...

---

Porque mi lengua te sigue, me persiguen.

Porque te llamo como a mi padre, que era bueno,  
me apedrean en la fiesta.

Porque converso contigo cuando ronda la hiena,  
los ancianos azuzan contra mí  
los poderes del hechicero.

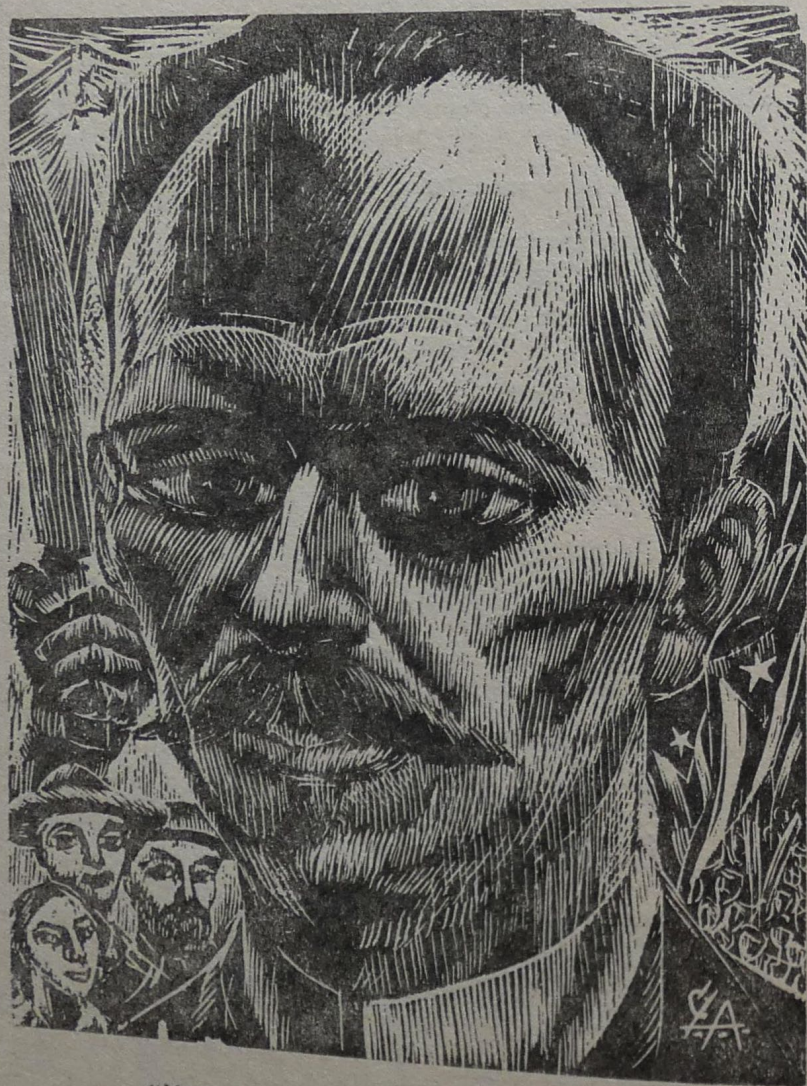
Y mi suegra suele llorar diciendo:  
—Ya no es el mismo, ya no es el mismo...—

Un muro de azufre me cerca.  
Un río de odio morado me ahoga.  
Una noche sin luna se me congela en mis huesos,  
y veo los ojos ardientes del lobo  
iluminando de sangre las huellas  
del que tiene que morir esta noche.

I-Tor, estoy perdido.  
Hermano mío, estoy herido.  
Padre celeste, la fiebre me hace crujir las sienas.  
Pero, yo no te negaré nunca, I-Tor.  
Antes que negarte, que me devoren, I-Tor.  
Que nunca nadie niegue tus derechos, I-Tor.

# Alejo Carpentier

## Informe al Congreso de Escritores



"MARTÍ" Grabado de Carlos Hermosilla Alvarez

Compañeros escritores y artistas:

No puede decirse que en el siglo pasado se haya observado el menor intento de un establecimiento de relaciones —ni siquiera de una discusión de principios estéticos— entre los artistas plásticos y los músicos de nuestro continente, por la sencilla razón de que apenas si contábamos por unos pocos pintores en América y que cuando, en música (tal un Carlos Gómez, tal una Teresa Carreño) un artista rebasaba la medida de un amateurismo hartamente generalizado, tanto en la interpretación como en la creación, sólo podía someter su actividad al juicio responsable del público de Europa, ya que los públicos nuestros, hasta hace muy poco aún, no vacilaban en otorgar el título de genio a cualquier amable inventor de joropos, canciones o vales de salón... Pero muy distinto ha sido, en cambio, la situación de los escritores. Desde los inicios del siglo XIX se observa en ellos una apremiante necesidad de buscarse unos a otros; de encontrarse; de sentirse latir el pulso de un extremo a otro del continente —y me refiero, desde luego, a un continente que tuviese sus hiperbóreas en México. Así como los humanistas de la alta Edad Media se conocían unos a otros, intercambiando sus manuscritos, sus tratados, por encima de los feudos y de las selvas, sabiendo donde un sabio latinista, un conocedor de Horacio, vivía rodeado de multitudes analfabetas, nuestros escritores apenas tomaron conciencia de sus nacionalidades —es decir de sus criollismo y de las voliciones de ese criollismo— trataron de intercambiar mensajes, de trabar el coloquio, unidos de antemano por una unidad de conceptos esenciales. Bien sabía Sarmiento, al pasar por La Habana, dónde dar con Antonio Bachiller y Morales del mismo modo que José Martí sabía, al llegar a Caracas, dónde encontrarse con Cecilio Acosta.

Más aún: no podemos sino contemplar con alguna nostalgia la solidez de un humanismo latinoamericano, que, en años a menudo terribles por la proliferación de los dictadores, el encumbramiento de los caudillos bárbaros y la frecuencia de las asonadas militares, propiciaba los más fecundos y generosos intercambios de hombres valiosos, nacidos en vecinos países del continente, a los cuales se confiaban las más altas responsabilidades culturales. Recordemos el caso del camagüeyano Francisco Javier Yanes, Presidente del Tribunal Supremo de Caracas, quien en 1811, muy consciente de las realidades americanas, libró una memorable batalla contra la discriminación racial con palabras que, más de un siglo después, hubiese podido recoger un José Carlos Mariátegui... Recordemos al cubano Heredia, Juez de la Suprema Corte de México, y al otro cubano Pedro de Santacilia, secretario de Benito Juárez. Recordemos al venezolano Andrés Bello, rector de la Universidad de Santiago de Chile, y al argentino Domingo Sarmiento, Director de la Escuela

Normal de Maestros de Chile, quien entabla con el anterior, por ciento, una polémica que constituye, a mi parecer, el primer debate importante en torno a cuestiones de una importancia trascendental para el escritor latinoamericano. Ahora que en este Congreso habrán de abordarse cuestiones análogas, relacionadas con el oficio de escribir, no podemos sino evocar aquella apasionada y apasionante discusión del año 1842, entabada desde las páginas del "Semanario Literario" y de "El Mercurio" de Santiago de Chile, donde Bello defendía un concepto aristocrático del arte y por encima de todo el respeto de la forma amén de la pureza del idioma, en tanto que Sarmiento decía a los escritores jóvenes: "Escribir lo que os alcance, lo que se os antoje; que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; no se parecerá a lo de nadie; pero, bueno o malo, será vuestro y nadie os la disputará".

Todos estos hombres se conocían y, aunque a veces discutieran públicamente, se estimaban. Y se estimaban porque todos eran hombres comprometidos. Contra España o ya libres de España, luchaban, más allá de las contingencias inmediatas, por las mismas ideas. Un gran quehacer común incluía en la misma órbita al precursor Pablo de Olavide, peruano amigo de Voltaire, con Sarmiento, con Juárez, con Martí. Cuando eran contemporáneos, cada cual sabía con quiénes andaban los otros, y, por lo tanto —para hacer válido el refrán— quiénes eran los otros. Todos eran hombres políticos. Y hubiera bastado que uno de ellos hubiese tenido una flaqueza en lo político; hubiese tenido una duda, una vacilación, en cuanto al discernimiento maniqueísta del Bien y del Mal —de la barbarie o de la civilización, del progreso o de la reacción— para que sus semejantes de espíritu les voltiesen las espaldas, después de haberlo condenado. Nadie, en el Siglo XIX americano hubiese podido decir lo que se ha llegado a repetir en nuestro ámbito, tanto y tan falsamente, que la frase ha cobrado categoría de lugar común: "No nos conocemos". Todo el mundo, en aquel tiempo, se conocía.

Adviene el siglo XX —ya anunciado antes del término del anterior por una modificación de giros y técnicas— y ocurre un fenómeno que se hace merecedor de algún examen. Una extraña amorosidad se instala en el mundo de las letras americanas sin que esto, por ventura, nos prive de la posibilidad de hacer una buena lista de quiénes no se dejaron contaminar. Alguno de los mejores poetas y prosistas del momento se ven aquejados de una dolencia que, recordando el personaje famoso de la novela de Gontcharov, calificaríamos de "oblomovismo": reconocen muchos que la condición de vida de los pueblos latinoamericanos es lamentable; reconocen todos que algo habría que hacerse por esos pueblos. Pero todo queda en la vaga esperanza de un suceso mesiánico, apocalíptico, cuya ausencia parece justi-



ficar cualquier inacción. Como el Oblomov de Gontcharov, tal intelectual está lleno, en el fondo, de buenas intenciones; pero su repugnancia ante toda actividad sistemática, ante toda afirmación comprometedoras, le hace contemplar sin moverse las peores injusticias, o aceptar, con increíble irresponsabilidad, cualquier dándola o prebenda. Reléanse las "Memorias" de Rubén Darío. Resulta asombroso observar que el gran poeta acepta los regalos que un tiranuelo centroamericano, calificándolo de "benefactor", pero advirtiéndolo, a la vez, a quienes pudieran echarle en cara su flaqueza, que él —Darío— "no es juez de historia en este mundo". En San Salvador asume gustosamente la dirección de un diario que le es confiada por un hombre que —cito su propio testimonio— "era un presidente voluntarioso y tiránico como lo han sido casi todos los presidentes de América Central". Conviene con políticos tarados, racionarios de toda índole, generales de bochinchas, hallándolos, simpáticos y hasta interesantes. Y, cuando hace el elogio a la ciudad de San José de Costa Rica apunta, como mérito notable, que "su sociedad era una de las más europeizantes y norteamericanizadas". Pero la irresponsabilidad de Darío no constituye una excepción. Hubo otro gran poeta en América —y mucho anduvo por La Habana— cuyo oficio consistió en ofrecer su "periodismo de combate" —y era brillante y era eficiente— donde quiera que se le remuneraran con largueza, sin preocuparse por ahondar en lo legítimo u honorable de la causa defendida. Y no olvidemos a Santos Chocano, que lo mismo pudo oficiar de ministro de Panchito Villa que de consejero del dictador Estrada Cabrera —el "Señor Presidente" de Miguel Ángel Asturias. Otros aceptaban cargos diplomáticos, puestos oficiales, dirigían revistas y periódicos, sin detenerse a reflexionar si vendían su alma al diablo —y ya sabemos por Thomas Mann que para vender el alma al diablo no siempre es preciso rubricar un grimorio mojado la pluma de oca en sangre propia. Basta con prestarse alegremente a ciertas contaminaciones.

Y no vaya a creerse que hacemos aquí un recuento de lamentables flaquezas para exigirnos en jueces póstumos de una generación pasada. Los hechos citados sólo habrán de servirnos para establecer un contraste. Porque si bien el "omblonismo" de la generación del Novecientos lo alejó de toda contingencia política verdadera, sus hombres fueron, acaso, los que más parecieron preocuparse por el porvenir de América en cuanto a continente. No hablemos de los rugidos del puñal lírico Santos Chocano: aquel que se jactaba de "poseer el Sur" del Nuevo Mundo en tanto que Walt Whitman "tenía el Norte". No hablemos de la indudable americanidad verbal y poética de Porfirio Barba-Jacob. Evoquemos tan sólo el fiero responso arrojado por Rubén Darío a la cara de Roosevelt, y la dramática pregunta que lo acompañaba: ¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? poniendo de nuestra parte a Moctezuma, el lecho de rosas de Cuauhtemoc, la poesía de Netzahualcoyotl, y hasta el Dios de Cristóbal Colón, elementos de una nueva retórica americana... Nunca se usó tanto y tan líricamente la palabra "América" como a comienzos de este siglo. Lo de "Nuestra América" llegó a transformarse —bien lo apuntó cierta vez Alfonso Reyes— en un verdadero "nuestroamericanismo". Pero ese "nuestra-

mericanismo", estaba bien lejos, en verdad, de la América Nuestra de José Martí que, en su nombre, para su defensa y grandeza, había trazado una verdadera ética del hombre americano. Bien había señalado Martí que "el peligro mayor de nuestra América" era "el desdén del vecino formidable que la desconoce". Había calificado de siememesinos a quien nos tenían fe en su tierra; había señalado con dedo acusador a "los delicados que eran hombres y no querían hacer el trabajo de hombres", y, profético como lo fuera muchas veces, vislumbró la abyecta traza de "los desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte". La "Nuestra América" de Martí cargaba con sus indios y con sus negros, con la "sangre natural del país", con todas sus realidades buenas o malas, en espera del día en que "los hombres nuevos americanos" pudiesen saludarse, de un pueblo a otro, "con los ojos alegres de los trabajadores"... Años después Rubén Darío había de declarar que no era un poeta para muchedumbres, y que aborrecía "la muletización intelectual". Y en ese mismo segundo prólogo de los "Cantos de Vida y Esperanza", explicaba —o excusaba— la presencia en el tomo de su famoso poemas a Roosevelt y de otros que le siguen, con estas palabras: "Mañana podremos ser yanqui (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda inscrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter".

Pero muy pronto se darían cuenta los intelectuales de nuestro continente que, cuando en él se ha nacido, cuando en él se vive —y bien insistió José Martí, más de una vez, en esta necesidad de vivir la vida de nuestras naciones— las protestas contra los yanquis no se escriben sobre las alas de los cisnes immaculados, aunque sean tan immaculados, aunque sean tan ilustres como Júpiter. Si la preocupación de orden político, muy dejada por el modernismo literario del novecientos, había sido un factor de entendimiento entre los latinoamericanos del siglo XIX, la preocupación de orden político no tardaría en restablecer un vínculo entre los intelectuales de América Latina, a partir de los años 20. Muy grandes acontecimientos habían tenido lugar en el mundo. Ciertos dilemas se hacían apremiantes. Los escritores, por lo demás, ya no están a solas con sus propios medios de expresión. La pintura de nuestro continente comienza a manifestarse en una dimensión mayor. Hay continuidad de esfuerzos: en México puede hablarse ya de —"un movimiento"— cosa desconocida, hasta entonces, en la plástica moderna americana. Algo semejante ocurría en el mundo de la música, donde el compositor dejaba de ser el personaje aislado, sin intérpretes ni orquestas, que había sido durante el siglo XIX. Por otra parte, México —y en esto se anticipó a otros muchos países— nos mostraba cuántas riquezas podía aportar el espíritu del hombre latinoamericano al entendimiento y estudio de su folklore y de sus artes populares. Nuestros artistas seguían yendo a Europa, desde luego. Pero no iban ya al otro continente con el ánimo de expatriarse —de no regresar si no hallaban los modos de vivir en París o en Madrid. Pese a que la situación política de muchos de nuestros países fuese lamentable, sus intelectuales se ausentaban de ellos, ahora, con la firme voluntad de regresar. Teníamos que hacer algo por nosotros mismos. Lo sabíamos. Vislumbrábamos las próximas vo-

luciones de una praxis latinoamericana. En todas partes se asistía a un renacer de la conciencia nacional. La necesidad de comunicación entre intelectuales de distintos países era cada vez mayor. No porque leyéramos las grandes revistas europeas del momento, dejábamos de esperar con impaciencia las entregas del "Repertorio Americano" de García Monge— de ciertas revistas de Buenos Aires, de México. Pero pronto dos publicaciones empezaron a interesarnos: "Amatita", donde a veces aparecía un ensayo de José Carlos Mariátegui, y "El Machete", de Diego Rivera, Javier Guerrero y David Alfaro Siqueiros, del que sería colaborador Julio Antonio Mella.

Si la generación del Novecientos había sido "oblomovista" y apolítica (sólo la "política universal" interesaba a Darío, hombre de la pequeña Nicaragua que tanto habría de universalizar un Sandino), la generación que aparece en nuestro continente hacia los años 20 es una generación sumamente preocupada por el destino político y social de América Latina (¿acaso hay que recordar que los hombres de Rubén Martínez Villena, de Julio Antonio Mella, de Juan Marinello, de Nicolás Guillén, en lo que se refiere a Cuba, empezaban a sonar entre los años 1920 y 1930?). Hay reagrupación de fuerzas. Volvemos a conocernos cabalmente. Sabemos quién es quién y nos basta con saber con quién anda aquél para saber quién es. Pronto empiezan algunos, sin embargo, que la política no es un juego. Que el compromiso entraña muchas molestias. Y entonces es cuando resurge, con un falso barniz de novedad, con un sentido aparentemente modificado, el "nuestro americanismo" retórico de quienes nada habían hecho, antaño para sacarlo de lo retórico... Para desentenderse de una tremendisima novedad que se estaba afirmando al Este de Europa, comienzan algunos a hablar del porvenir de "Nuestra América" con lenguaje de magos y de profetas, dando por mucho más inmediato, más próximo, lo que daban todavía por remotos los soñadores de comienzos del siglo. "Algo" va a ocurrir muy pronto". "Algo" cuya índole no se conoce aún. Pero se trata de un suceso inminente y misterioso que, por el mero genio de la raza, por su "latinidad" (por aquella "latinidad" de la cual ya se burlaba José Carlos Mariátegui en 1923), habrá de transfigurarse la faz del continente. Surgirá una solución distinta de todas las imaginadas e imaginables: algo americano, americanismo, situado acaso entre el estado neo-incaico de Miranda y la Heliópolis de Campanella, con mucho folklore por fondo, —porque ahora hay que contar con un folklore que muy poco interesaba a los de la generación novecientista. En todo ello hay Eldorados y hay Potosies, cuando no se invocan las veneras de Santiago y los mitos de una Atlántida aparentemente manifiesta en las ruinas mayas. Todo parece indicar que cuando este continente despierte se apoderará de lo que queda del siglo XX. Tiene los medios de hacerlo, además. Miren esas selvas inmensas; esos ríos inabarcables; esa abundancia de tierras vírgenes. Y luego, los recursos naturales. El mismo petróleo... Y el pueblo: ese pueblo latinoamericano, tan buen cantor de décimas, tan inventivo en su música, tan artista como se manifiesta su sentido plástico. "Tengo una fe absoluta en el pueblo". Cien veces hemos oído esta frase en boca de personas bien intencionadas, sinceras, cultivadas. Pero esas personas que manifiestan

una fe absoluta en el poder creador, en la inteligencia, en la energía de sus pueblos, ignoraban totalmente el estado en que vivían esos pueblos, y los males que debían al petróleo, a los metales, a los Eldorados y Potosies que, en sus tierras, explotaban las empresas norteamericanas, o los capitalistas nacionales "asociados" —como suele decirse ahora— con esas empresas... Y debe señalarse algo sumamente importante: todas las revistas publicadas en Estados Unidos, en nuestro idioma, para uso de lectores latinoamericanos, no han cesado de alentar el "nuestro americanismo" a que me refiero. No el concepto que de "Nuestra América" tenía un Martí, desde luego, sino el "nuestro americanismo" vagamente apocalíptico, impreciso, proyectado hacia un futuro sine die, apoyado en referencias amañadamente bolivarianas, que aún cultivan, en nuestro continente, quienes rehuyen la perspectiva de un comprometimiento cada vez más ineludible y que, desde luego, entraña el seguro peligro de tener que renunciar a toda visa para ir a los Estados Unidos.

Otro burlador inventado por quienes se niegan a encararse con el gran dilema de la hispanidad. No crean que son poco numerosos. Son muchos, y si bien no tiene la ingenuidad de invocar ciertos textos de Giménez-Caballero para defender su posición, han encontrado sus biblias donde menos puede imaginarse. Según ellos la comunidad del idioma habrá de crearnos un destino particular en el planeta, ajeno a las leyes económicas que rigen el mundo moderno. El hecho de haber recibido el Quijote en patrimonio, de poseer un folklore que debe mucho al canto y a la poesía populares de España; de entender a Quevedo y de amar a Góngora ha de bastarnos para llevar nuestra historia por caminos negados a continentes donde reina la confusión de las lenguas. Laboriosamente trabajan los defensores de la hispanidad —y donde menos trabajan—, acaso, es en un Madrid que ha dejado, desde hace tiempo, de creer en sí mismo. Es en América Latina donde más se afanan algunos en demoler la "leyenda negra" de la Conquista; en albar exageradamente las instituciones traídas a este continente por Adelantados y Encomenderos; en demostrar que más hizo el burrito hispánico por dignificar la condición del indio que todas las ideas sociales del siglo pasado... En nombre de la hispanidad —y evocándose a veces la generosidad de Martí hacia España— se procede a un revisionismo histórico que tiene sus visos de "malinchismo". Los yanquis tienen una escasa simpatía por el culto de la hispanidad, si bien éste, no entraña para ellos el menor peligro de orden político. Pero es, en realidad la doctrina que con más gusto aceptarían si dejara de hablarse de "nuestro americanismo" vigoroso y apocalíptico que les otorga cada año nuevas concesiones petroleras, monopolios y exenciones de impuestos. Y digo que es la doctrina que con más gusto aceptarían, porque tras la hispanidad se oculta un racismo solapado: se acepta que el negro, el indio, aquí, allá, hayan añadido su acento, su genio rítmico, al romancero de los Conquistadores. Pero lo universal americano, lo ecuménico, sigue siendo lo que trajeron los conquistadores. Tanto montaba Isabel como Fernando. Pero más monta indudablemente, para lo que se quiere demostrar, el Alfonso de las Cantigas y de las partidas de Kankán Muza, emperador del reino de Aradá, de donde sacamos no pocas es-

olavos. La hispanidad es una disimulada forma de racismo; camino que muy pronto conduce a Roma, cuando no al Palacio de Oriente en Madrid... Ni el "nuestro americanismo" astutamente explotador de citas de Bolívar, un Rivadavia, de un Martí leído a retazos —"nuestro americanismo" que aún parece creer en un Istmo de Corinto habitado por los "marines" del Canal de Panamá—, no el mito de la latinidad, de una hispanidad que ninguna falta nos hace para entender cabalmente el Quijote, vendrán a resolver nuestros problemas agrarios, políticos y sociales. Meras artimañas para sacar el cuerpo a la única realidad universal del siglo XX. Y aún quienes cultivan tales mitos con alguna fe, no pasan de ser los quietistas, los molinistas, de Don Tancredo de la realidad americana... Manera de irse por los Cerros de Ubeda, de buscar Omegas y países de Jauja donde no los hay; manera de soslayar, de esquivar, el Gran Dilema —ese mismo que trae consigo la imposibilidad de viajar a Estados Unidos, a menos que sea, por supuesto, uno de aquellos desertores de quienes habló Martí "que piden fusiles a los ejércitos de la América del Norte".

No es en vagas formas de gabinete, de tertulias de café, de coloquios eruditos, donde se encuentra la solución de los problemas fundamentales, vitales, de este continente —continente cuya unidad indudable, en ciertos aspectos, no ha de buscarse en el uso de un idioma común a muchos países, solo en la existencia de idénticos o parecidos problemas sociales y económicos. Esto, sin olvidar que las mismas problemáticas son compartidas por una inmensa nación que habla portugués, y en no pocas, menores desde luego, donde se habla en inglés, el francés, el guaraní o el creole. Los grandes latinoamericanos que, en el siglo pasado, supieron identificarse en función de los mismos principios, compartían en el fondo, ideas muy claras, muy prácticas, de emancipación política, de educación de las masas, de toma de conciencia de lo propio y de dignificación del hombre. Pensamiento lleno, cabal, sacado de experiencias que por el momento eran válidas, en espera de experiencias más científicas, más sistemáticas, más afinadas, en un análisis profundo del desarrollo histórico y económico de las sociedades. Hubo más tarde —y es interesante señalarlo en esta oportunidad— tanto en Europa como en América, algunos hombres que no compartían la insensibilidad de muchos colegas suyos poetas laureados, pintores favorecidos por alguna contrata oficial, músicos autores de algún himno escrito por encargo— ante los hechos sociales. Algo se preocuparon del destino de los pueblos. Pensaron en sus males, se angustiaron ante la realidad, y buscaron el modo de aportar algún remedio a las angustias que contemplaban. Y, sin darse cuenta del peligro de la empresa, empezaron a "socializar por la libre", ignorando los fundamentos científicos del socialismo. Esto dio lugar a una florecencia, tanto en Europa como en América, de libros bien intencionados pero que, en fin de cuentas, ni explicaron nada ni sirvieron para resolver ningún problema. Para que el "Ariel" de Rodó significara algo más que una elegante divagación en torno a la democracia y el utilitarismo, "la nivelación por lo mediocre", "los procesos de selección" y "los intereses del alma", hubiese sido preciso, sencillamente que Rodó estudiase un poco de economía política... Lo de "socializar por

la libre", además de ofrecer el riesgo de conducirnos a los atoladeros de las "razas cósmicas", de la "latinidad", del "colombismo" y otras musarañas muy bien vistas hace unos treinta años, tiene el peligro de hacer caer a quien lo hace en errores sumamente graves... Lo de "socializar por la libre", a su manera, desentendido de quienes habían consagrado sus existencias al estudio científico del socialismo, pudo conducir a un escritor tan bien intencionado, como Zola, a trazar, en "Fecundidad", un verdadero evangelio de la colonización del África, con un ditirámico elogio al Imperio Francés poseedor de Argelia. (Incluso, el Zola que había escrito "Germinal" y "La Taberna", llega a justificar, en ese libro, la necesidad de disparar de vez en cuando sobre los indígenas entorpecedores, "por fanatismo", de la gloriosa obra de la colonización...) Lo de "socializar por la libre" pudo conducir a un Tolstói, cuya obra fue tan útil, en general, a la revolución de Octubre de 1917 —y así lo reconoció Lenin— a inventar, a la vez, las doctrinas negativas, nocivas —y así las calificaba también Lenin— de la "no resistencia al mal", de un bucólico e inoperante "regreso a la tierra" que el mismo maestro de Yasnaia Poliana no pudo realizar por cuenta propia... También Romain Rolland, tan correctamente ubicado durante los últimos años de su vida, se equivocó cuando, en 1914, queriendo situarse "au dessus de la mêlée" creyó que era posible conciliar, en Europa, el pensamiento de escritores incapaces de vincular un hecho como el incendio de la Biblioteca de Lovaina con un proceso histórico mucho más vasto y universal que aquel que podía manifestarse, en dolorosas ruinas, ante los ojos presentes.

La historia contemporánea nos ha demostrado —y acaso más elocuentemente en esta América Latina que en otras partes— que un simple cuadro estadístico, un simple informe económico —a veces, incluso, un artículo publicado para lectores millonarios en la revista Fortune de Nueva York— nos ofrece lecciones de historia contemporánea, muchos más útiles que las especulaciones de los pensadores "de cámara" que se ponen a opinar, según el color del cristal con que miran la realidad, sobre el destino, el presente y el futuro de América. Desde que el Gran Almirante, en sus admirables cartas de relación, viese el continente nuevamente descubierto como un remedio universal "para librarnos de la maldición del oro", hay una tendencia a mitificar esta América; tendencia a mitificar, sumamente fecunda y recomendable en lo poético, en lo artístico, pero que, en el caso que nos interesa, ha servido muchas veces para ocultar el molinismo, el Dontancredismo de quienes, por cobardía o por conveniencia, trataron de olvidar que sólo una acción decididamente revolucionaria podía librarnos de los males que venimos arrastrando desde los días de la Conquista.

La Revolución Cubana, con los medios de expresión que pone y pondrá en nuestras manos —ya hemos visto lo que se ha logrado, en tan poco tiempo, en los dominios de la música y del ballet— ha dado un sentido nuevo a nuestro destino. Muchos, en el continente y en el mundo, lo entienden así. Y, por lo mismo, hemos vuelto a ser como los inteligentes del siglo pasado, evocados al comienzo de esta exposición, que, por compartir un mismo sentimiento revolucionario sabían muy bien con quienes podían entenderse.

Nos entendemos con los latinoamericanos todos que como nosotros piensan en el verdadero porvenir de América —así esos "latinos" de América hablen el portugués, el francés, el inglés, el maya o el "creole". Nos entendemos con los intelectuales todos de los países socialistas. Y nos entendemos con los franceses todos que —fieles a su vieja tradición revolucionaria— nos entienden. Y hasta con algunos norteamericanos —cada vez más numerosos en los círculos intelectuales— que interpretan correctamente los principios de nuestra revolución y el pensamiento revolucionario de Fidel Castro... ¿Acaso nos hemos entendido mejor, alguna vez, con los intelectuales de América Latina y del mundo? tal vez porque ellos comienzan a ver cumplida en nosotros una realidad vislumbrada por la "inmensa impaciencia americana" de José Martí. José Carlos Mariátegui escribía en 1928, con motivo de la conmemoración de un "Día de la Raza" que se valía de la fecha del 12 de Octubre para encubrir un racismo más o menos oficial, estas proféticas palabras: "Hispanoamérica, Latinoamérica, o como se prefiera no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide forzosamente en pequeños nacionalismos.

Los únicos que trabajamos por la comunidad de esos pueblos somos, en verdad, los revolucionarios... A Norte América sajona toca coronar y cerrar la civilización capitalista. Pero el porvenir de América Latina es socialista".

Y ahora, como toda moción entraña una proposición, he aquí la proposición que he de formular en nombre de los compañeros de la presidencia de este Congreso a los escritores y artistas aquí reunidos: Si esta vez fueron escritores y artistas cubanos los que se congregaron en la ciudad de La Habana para examinar sus problemas de creación y de conservación de sus tradiciones, a fines de Enero de 1962 —o sea dentro de seis meses— a poco de haberse celebrado el Tercer Aniversario de la Revolución Cubana, en la fecha del natalicio de José Martí, verdadera Epifanía de la conciencia revolucionaria continental, se inaugurará aquí otro Congreso: un grande y vasto Congreso de Escritores y Artistas, no ya de Cuba solamente, sino de toda la América Latina, con delegaciones venidas de todos los países hermanos.

Que aquellos que estén de acuerdo con la celebración de ese Congreso Continental, manifiesten su aprobación.

# Punto Final

Una revista quincenal de Izquierda

☆ POLEMICAS

☆ REPORTAJES

☆ ENTREVISTAS

☆ INFORMACIONES EXCLUSIVAS

Cada 15 días un panorama general del pensamiento izquierdista en

Chile y el mundo

## El punto de vista de la miseria: Juan Rivano

Ed. Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, Santiago, 1965.

Sin lugar a dudas, puede considerarse la obra que comentamos como el libro más importante publicado en Chile y acaso de América Latina sobre dialéctica social, del año recién terminado. Los libros de los profesores universitarios chilenos despiertan un escaso interés en nuestro público; y la razón de esto es que versan sobre temas tan técnicos que a lo más atraen a los estudiantes del profesor en cuestión o de esa especialidad. De vez en cuando alguna publicación logra atravesar esos estrechos círculos y mueve a comentario y discusión. Entre estas excepciones, además de éste, se cuenta una memoria de Ricardo Lagos, publicada bajo el título de "La Concentración del Poder Económico", de la cual van cinco ediciones y un informe estadístico sobre la situación educacional dirigido por la profesora E. Grassau.

No es ésta la primera obra del autor. Anteriormente ha publicado: "Entre Hegel y Marx", "Curso de Lógica" y "Desde la Religión al Humanismo", además de numerosos artículos en *Mapocho*, *Revista de Filosofía*, *Atenea*, *Boletín de la Universidad*, etc.

Su trayectoria intelectual y profesional es notable. Estudió Matemáticas y Filosofía en la Universidad de Chile desde 1950 a 1955. Desde 1960 se desempeña como profesor de Lógica en dicha Universidad. Desde 1964 dicta clases de Introducción a la Filosofía y este libro constituye el texto del curso del año anterior. Dicta Seminarios de lectura de textos de Platón, Marx y Kant, este último en colaboración con el profesor Joaquín Barceló. Comentando uno de sus libros, dice Luis Oyarzún: "Rivano es un filósofo... que sin abjurar de pinguno de sus fueros, prerrogativas e interdicciones, se decide a usar la filosofía para entender la opaca substancia de nuestro tiempo. Más lo atrae el hoy que el ayer. Para él la contemplación intelectual es tan activa como una vigilia de armas, junto a la brecha abierta en el viejo muro, por los mismos que, enemigos de la Filosofía, resultan siéndolo, también, al fin de cuentas, del hombre y del destino".

Los primeros tres capítulos los dedica Rivano a exponer qué es la dialéctica y en particular sobre la dialéctica materialista. En nuestro medio dichos temas no habían recibido adecuado tratamiento. Sin embargo, la dialéctica materialista constituye hoy en día el instrumento teórico más completo para comprender la sociedad en que se vive, así mismo y para orientar la acción. A diferencia de la filosofía tradicional, la dialéctica no ignora el concreto medio en donde los hombres hacen su vida y tal es la sociedad. Una sociedad defectuosa en donde "se enciende la lucha del hombre contra el hombre y

del hombre contra la sociedad; donde los afectos familiares se metamorfosean en odios sórdidos por cuestiones de herencia y propiedad; donde el amor obedece al bolsillo; una sociedad hipócrita, implacable, cruel, donde es preciso "matar para no ser muerto, engañar para no ser engañado"; donde la violencia de los ricos, el robo legal, el crimen impune dirige al mundo... el reino de los fuertes y hábiles disputándose entre sí la explotación del pueblo... donde el intelectual obligado, para subir los escalones que llevan al dominio y a la fortuna, debe depositar su conciencia en la barrera..." (J. F., prólogo a la obra "Sobre Literatura". Textos de Carlos Marx y Federico Engels).

Porque hay modos de ignorar el concreto ámbito donde se realiza la vida de los hombres y estos modos son los de la filosofía tradicional, que busca una esencia, un fondo del hombre, atemporal, ahistórico y abstracto. Y así se dice, de acuerdo a los procedimientos de la filosofía tradicional, que el Hombre es egoísta, que el Hombre es siempre un inconformista. Por todas partes se repiten fórmulas fáciles como éstas; cuando no se acude a la creencia, ya en desuso, de una Justicia Eterna. Es algo tan pueril como repetirse, siendo pobre, para consolarse, que el dinero no trae la felicidad. Lo que importa es hacer ver al hombre concreto desconectado de su medio. La representación que se hace del hombre genérico es sólo una generalización de los caracteres de los hombres de esta sociedad. Análogamente para un primitivo, el Hombre es y será siempre antropófago.

La dialéctica materialista no viene a nosotros trayéndonos una verdad última, ante la cual tendríamos que arrodillarnos, haciéndonos ella olvidar lo mal que anda el mundo; ella no nos dice: ¡Abandona tus luchas, no son más que tonterías!, sino hazte claridad sobre tus luchas, la conciencia es una cosa que debes adquirir, aunque no lo quieras. Ajenos completamente a la dialéctica materialista son los consuelos de un otro mundo, en donde las toneladas de injusticias que en ésta hay sean resueltas por un Gran Juez, que dé a cada uno lo que le corresponde. Tampoco sufre junto a los existencialistas, diciendo que la vida es absurda, que nada tiene sentido y que, por último, no es para preocuparse tanto, ya que el único problema real es el de la incomunicación. De este modo, M. Antoniani ha volcado todo su talento cinematográfico en mostrar los terribles problemas de la soledad existencial y del amor-pasión de la clase alta italiana, haciendo que muchos saigan del cine pensando: ¡Cuán infelices son los ricos! Podemos preguntarnos: ¿No será la miseria el real problema, el que de un modo decisivo convierte la vida de la mayoría de los hombres en una existencia aplastada, dolorosa y miserable? La obra de Rivano es una respuesta afirmativa a dicha pregunta. Pero no basta enumerar los de-

fectos sin número de esta sociedad, es preciso apuntar sobre las causas de tanta imperfección, que la hacen cada día más inhabitable y que separan sin solución el bien común del interés personal. No es nuestro propósito hacer un resumen de la obra en cuestión, sino tan sólo bosquejar los problemas de que se ocupa; es por eso que no podemos entrar a explicar la enorme importancia que tiene el hecho de que nuestra sociedad esté dividida en clases, en donde una minoría son dueños de los medios de producción y de la tierra agrícola.

Los capítulos siguientes los dedica Rivano a los grandes sistemas filosóficos de Platón, Aristóteles y Hegel y al examen de algunas filosofías contemporáneas, de Husserl, Heidegger y Wittgenstein. Aquí se muestra, recogiendo lo esencial, el carácter abstracto y enajenante de dichas doctrinas.

Los últimos del sexto al noveno, se refieren a los teóricos latinoamericanos. Estos señores, sin el menor asomo de honradez intelectual, se ganan la vida divulgando las últimas novedades europeas que de ningún modo tienen que ver con nuestra realidad de continente subdesarrollado. Estos señores carentes del menor sentido de su responsabilidad como universitarios, prefieren hacer de fraseólogos redomados, justificando al el desprecio que muchos tienen en estos parajes por la labor filosófica. Y con precisas palabras lo dice Rivano: "...los millones de hombres de este mundo agregan, cada uno, con gotas de sudor, un par de centavos de cada cien para que no se apague del todo el fuego del espíritu y haya siquiera dos o tres hombres que puedan disponer del ocio que requiere la reflexión... tales hombres que reciben la responsabilidad de serlo en la forma más alta, se dedican, no a reflexionar sobre la manera de sacar a sus semejantes del pantano, sino a discutir sobre la inmortalidad del cangrejo o el número de patas que tiene la mosca-arquetipo. Indignante, ¿verdad?... Sartre nos refiere en un prólogo cómo se amestaba en Europa, y se sigue amestrándolos, de modo tal que cuando desde allá gritaban: ¡Partenón! ¡Partenón!, acá un eco respondía: ¡...tenón! ¡...tenón! Dicha situación no puede continuar; debemos aprender de Europa lo que tenga relación con nuestra realidad, en vista a su modificación, que es la miseria, el abandono, la frustración; lo que de algún modo nos permita eliminar tanto defecto y hacer de este continente un lugar en donde haya posibilidades para todos. Pongamos un ejemplo de los más notables para que no se crea que hablamos sin motivos. Dice el señor Wagner de Reyna, sabio catadrático peruano, traductor de Heidegger, del cual tendríamos derecho a esperar frases de inmensa sabiduría, hablando de la filosofía en Latinoamérica en una revista que edita la Universidad Católica de Chile:

"La filosofía entre nosotros se pone en tela de juicio: en cuanto a su propia existencia y en cuanto a su diversidad frente al filosofar europeo. Y es curioso que generalmente se niega la posibilidad, la presencia de una filosofía propia en Hispanoamérica, pero afirmando su posibilidad y señalando sus posibilidades. Mas con ello se ha dado el rasgo específico y, por lo tanto, se ha demostrado que existe esa Filosofía nuestra." Dice Rivano: "O sea, que nuestro pensador no sólo vuela sino que flota por su cuenta también. Dada, pues, la existencia de la "Fi-

losofía hispanoamericana", como es esencialmente occidental, hay que buscar... bueno, hay que buscar su diferencia específica. Para encontrar dicha diferencia (siempre hay una, basta echar una ojeada). Wagner de Reyna hace todo un despliegue característicamente latinoamericano de fraseología irresponsable. Se trata de esas salidas con que los "filósofos" dejan boquiabiertos a sus auditores; algo así como si yo dijera: "Busco lo que me caracteriza, y no lo encuentro. Pero, ¡vaya! ¡Qué torpe soy!... Lo que me caracteriza es, precisamente, andar buscando lo que me caracteriza; tal es mi característica: buscar-lo-que-me-caracteriza". El lector estará pensando que le toman el pelo."

Vamos a otro: el señor Ernesto Mayz Valle- nilla, que representa, paradójicamente, junto a Nicolás Guillén, Pablo Neruda y otros, a Latinoamérica en la Sociedad Europea de Cultura, que reúne nombres del prestigio de Jean-Paul Sartre, Alberto Moravia, Pablo Picasso, Theodor Adorno, Ernest Bloch, Pablo Casals y otros; el año 1958 se decidió a resolver "el problema de América" y sus conclusiones las expendió en un "trabajo" del mismo título. Veamos qué dice nuestro enorme "teórico latinoamericano" y el impecable modo cómo Rivano destruye su fraseología, por ejemplo:

"Lo que se acaba de expresar constituye el mejor alegato que por adelantado pudiera presentarse para evitar que, como un resultado de nuestra meditación, se pueda creer que aconsejamos la inacción como aquel modo de ser o conducirse que debería asumir el hombre americano en consecuencia de la radical expectativa que lo embarga. Si es cierto que mediante ella se encuentra imposibilitado para escrutar el contenido de aquello que se acerca y, en consecuencia, tiene perfecta y transparente conciencia de que puede ser engañado y hasta burlado por el curso de los sucesos, no menos cierto es también que, como ingrediente básico de aquel temple, hemos revelado la actitud concomitante del "estar preparado" para hacer frente al Advenir. Y es justamente de semejante actitud de donde brota el germen de la Acción que estatuye programáticamente toda Expectativa".

¿Qué me dice el lector? Nos siguen tomando el pelo en forma: la Acción del hombre americano se reduce "al estar preparado". Claro que en este pasaje, nuestro filósofo insinúa la paradoja (por llamarla eufemísticamente): el "estar preparado" es sólo el germen de la Acción. Pero es muy claro que un señor que reduce nuestro temple a la Expectativa y nuestro ser a un "no-ser-siempre-todavía", tiene que formular alguna tontería que sea consistente con las ya establecidas. Por lo demás, el mismo explica sobre esto luego de dar al respecto la dosis adecuada de descaro especulativo:

"En efecto, ésta es nuestra última consecuencia. La Acción del hombre americano debe ser un "estar preparado".

Uno podría preguntar: ¿Preparados para qué y cómo? ¿No dice usted, señor Mayz, que lo advenidero se muestra en la forma de un "no-saber su contenido"? Entonces, ¿para qué y cómo nos preparamos? ¿Debemos prepararnos con un fusil o con un arsenal terminológico heideggeriano como el suyo? Y si estuvieramos, no-siendo-siempre todavía y a la Expectativa, preparados, ¿qué impediría que lo advenidero, esto cuyo contenido no sabemos, no adviniera? ¿Seguiríamos prepara-

dos por los siglos de los siglos? ¿Y cree usted, señor Mayz, que estaremos preparados si no sabemos para qué debemos prepararnos?"

El capítulo séptimo tiene una peculiaridad interesante, está por entero dedicado (estamos ciertos que el agraciado tendrá en cuenta tanto honor) al examen crítico de un malhadado artículo de un señor Roger Vekemans. Este caballero, según nos informa Rivano, es un jesuita belga aposentado en Chile. Otrora dicho cuerpo religioso se distinguió por la calidad de sus intelectuales (es de lamentar que hayan disminuido tanto las vocaciones sacerdotales), ahora, al parecer, sólo quedan recuerdos, día a día lejanos. ¡Ah, los buenos tiempos! ¡Ah, las buenas costumbres antiguas! Aquella de contestar las críticas, por ejemplo, y decimos esto, porque aún no se sabe y se espera, de una respuesta de este señor en defensa de sus frases. No se pueden dejar a las creaturas del entendimiento libradas a los peligros del mundo; los padres espirituales siempre han salido en defensa de sus creaturas, así, por ejemplo, han procedido Marx, Descartes, San Anselmo. Todos estamos de acuerdo en que cuando se tiene razones para afirmar algo, torpe es callarlas. Transcribamos para información y regocijo del lector, algunos de los párrafos más importantes de la polémica. Podemos elegir aquél en donde Vekemans ofrece su "remedio" para evitar que en América Latina se pase del estado prerrevolucionario a la revolución. La "salida" de Vekemans nos parece tan descabellada como proponer a las grandes masas latinoamericanas desnudadas que se hagan fakires. Bastante tenemos con nuestros problemas para perder el tiempo refutando soluciones absurdas que un señor extranjero viene a ofrecernos sin que se las pidamos. Pero, oigamos a Vekemans y Rivano:

"El latinoamericano, tendiendo en forma espontánea a la revolución distribucionista, se concentra intensamente en la actualidad de los recursos disponibles en manos de otros —clases privilegiadas o intereses extranjeros— y por ello sufre una especie de inhibición de su percepción. No percibe suficientemente el sinnúmero de recursos potenciales todavía a su disposición, siempre que el trabajo venga a llenar la brecha y adecuarlos a sus necesidades, transformándolos en recursos disponibles. Lo posible y probable es que el hombre de este continente, expulsado de sí mismo por sus necesidades insatisfechas, por sus frustraciones y sus fracasos, se lance fácilmente a la revolución meramente distribucionista y se olvide de esas otras formas de revolución "metafórica", que son, de por sí, las únicas formas racionales de superación de su estado actual, ya que, como lo hemos sentido al principio, el problema realmente básico y decisivo es la inadecuación entre necesidad y recurso".

"... Usted no es más que un fraseólogo profesional. Ya sabemos —sin que sea necesario seguir leyendo— para dónde va usted. Hay una nube en su destino, la nube tiene un aviso luminoso que dice así: "Recursos potenciales". Usted nos dirá: ¡No sean envidiosos con los heredanos! ¡Déjenlos tranquilos, morirán por efecto del empacho! Entre tanto, vengan conmigo y hagamos una "revolución razonable"! Porque ustedes, picarillos, son bastante flojos. ¡Miren todas las montañas de recursos potenciales que nos dio el Creador! ¡A trabajar se ha dicho! Vamos a demostrarle a los heredanos que no tenemos más envidia prerrevolucionaria ni revolucionaria". ¡Lin-

do discurso! Suponemos que los heredanos nos entregarán su maquinaria, sus capitales y que los imperialistas renunciarán a su imperialismo. Suponemos también que nos abrirán sus mercados y en lugar de desembarcar sus infantes de marina y comenzar colgando a nuestro cura socialista vendrán a corear con nosotros "La Internacional"."

El último capítulo sirve de epílogo a toda la obra y lleva el sugestivo título: ¿Qué hacer? Aquí Rivano se refiere a los criterios para importar ideas; que no puede ser otro que su inmediata relación y sentido para la acción. El lector tendrá la ocasión de ver que la obra en cuestión alcanza una dimensión biográfica:

"Algunos ya lo vimos atrás, hablan de la "vocación del Ser"; es una vocación demasiado abstracta y sobremañera pedante. Yo me atrevería a decir aquí una frase también pretenciosa, calificándola a renglón seguido por miedo a que me tilden de poeta. Esta frase dice: proclamar la vocación del contacto con la realidad. Fue un momento importante de mi vida especulativa y casi inútil, cuando me detuve con mis propias fuerzas y sin más vehemencia que la mía me pregunté mirando por una parte, en torno y viendo tanta gente miserable, abandonada y sin esperanzas, y encontrando, por otra parte, dentro de mi mente enajenada tanta doctrina sobre la verdad, el absoluto, la moralidad y cosas por el estilo; me pregunté, digo: ¿Dónde están la figuración objetiva de las sublimes especulaciones de la filosofía? Mis dificultades con la verdad —qué sea y dónde está— ¿me servirán para el pan de esta criatura famélica que aguarda a mi lado por una limosna? Porque esa criatura famélica puede ser tan sólo una representación de mi conciencia o simplemente una construcción lógica; y su hambre puede no ser más que el contenido de una pesadilla; y el sentimiento doloroso que me invade al verla acaso sea solamente que mueven estímulos de valor relativo; y la realidad absoluta probablemente compense con creces esto de su hambre y de mis lágrimas; y, por lo demás, como dice mi profesor de filosofía, poco importa esta "instancia factual" y mucho, por el contrario, la esencia del hambre y la esencia del llanto; y todo esto será seguramente así, sobre todo si tengo en cuenta el montón de argumentos que han dejado caer sobre mi cabeza. Pero, así y todo, no hay ninguna entre las doctrinas que he aprendido que me enseñe la manera de eliminar la miseria y el hambre de esa criatura. De modo que voy a grabar bien en mi recuerdo la imagen de ese pobre niño y voy a utilizar un cánón que me enseñó mi maestro de lógica, diciendo así: Si una doctrina exige que de hecho y para siempre un niño como éste no sea más posible, entonces, la conservaré en mi convicción; si, por el contrario, repasando cuidadosamente esta doctrina encuentro (lo que espero que sea fácil) que un niño como éste es si quiera posible dentro de ella, entonces, haré como si escuchara llover. Porque —a lo menos entre nosotros, aunque creo en todo el universo mundo— la miseria es lo primero que hay que remover. Una vez removida la miseria tendremos acaso acceso a lo sublime. Porque mientras no removamos la miseria, estaremos todos sucios. Y al Absoluto —téngalo por seguro— no le gusta la gente sucia.

Es asimismo en este capítulo donde se refiere a las clases sociales en relación a su situación

económica y la situación económica general del país.

"En Chile hay más o menos ocho millones de habitantes en una extensión desigualmente poblada. La miseria, el abandono, la ignorancia, la postración física y moral tienen un punto inicial ya elevadísimo, en el centro del país y aumentan a grandes zancadas cuando avanzamos hacia los extremos. Las clases se ofrecen a una simple mirada: una aristocracia minoritaria que sería mejor designar como grupo plutocrático; una clase media enorme, en proporción; un pueblo de obreros y campesinos. La primera clase se define mejor en términos de su poder económico que es prácticamente todo el del país. Se trata de unas cuantas familias en cuyas manos está la industria nacional, la banca, el comercio interior y exterior, los consorcios de seguros, la prensa, la radio, etc. La clase plutocrática no sale de su condición de élite del dinero; es ignorante, superficial, carente de imaginación, indolente y mediocre. La clase media es "funcionaria", arribista y prejuiciosa; vive al día, gasta modos emperifollados y afecta un dominio de las profundidades de la vida; es irritable y se tiene en precio de autosuficiencia. Vive del tecleo de la máquina y el papeleo infinito; inhibe, hasta que no queden trazas, todo prurito de acción. El pueblo es sufrido, fatalista, ignorante, desconfiado, introvertido y con un fondo de simpatía y bondad. Disfruta de una partícula de la renta nacional con la que puede vivir pasablemente, tres o cuatro de los doce meses que trae un año."

No pierde la ocasión el autor de referirse a la política de industrialización que se ha llevado en Chile en relación al aumento de la burocracia y nuestras "progresistas" leyes sociales. Su tono es duro, pero la calidad intelectual de su autor nos obliga a reflexionar sobre lo que dice. Esta, podría decirse, es una historia bastante triste, que todos conocemos, pero que conviene tenerla presente:

"En la industrialización no anduvieron mejor; consiguieron protección del Estado (ellos mismos eran el Estado) para sus productos pésimos y caros y no atendieron para nada a cuestiones tan elementales como la formación de un poder comprador; además, ninguna coordinación o sistema aparecen a la vista en el nivel mismo de la industrialización. Para resolver las cuestiones de demanda nada pareció mejor que aumentar el área del dominio burocrático; con este expediente se abrían cauces para embolsarse de otro modo la renta nacional; pero, es obvio, no se aumentaba la productividad; sólo se ponía al país en dependencia cada vez más exclusiva de la explotación extranjera, minimizando su energía creadora al extender en proporción monstruosa la burocracia. Como en medio de esas carreras surgiera el descontento y la protesta dieron un giro de estilo, en modo alguno de fondo, y aparecieron los bufones demagogos que tomaron en sus manos el gobierno formal del país. Surgieron las luchas sociales y la "conciencia social"; se echaron unos cuantos mendrugos, en forma de atención médica, subsidios y estampillas de seguros que así nos hicimos "democráticos" con "gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo". Los bufones demagogos se dieron a la tarea de acumular sus tajaditas ampliando al mismo tiempo el suelo firme bajo sus pies. Como en el fondo vivíamos

de las migas que echaban los norteamericanos, todo el problema se reducía a un arreglo político entre las partes..."

Al final podemos hacernos un cuadro general: Un intelectual chileno —a diferencia de otros que hemos tenido, que provenían de la literatura, del derecho de la política— realiza una obra de alta calidad que supera muchas exposiciones de materialismo dialéctico —como el lector puede comprobarlo— y se atreve a mostrar ante el público las payasadas fraseológicas de buen número de "teóricos" latinoamericanos. Con descarnado tono —que recuerda aquel dicho: "La verdad debe ser siempre desnuda— se refiere a nuestra realidad social, económica y cultural. Muestra que casi todo lo que se ha hecho en estos parajes no es sino una mala copia de los autores extranjeros —dando la razón a los que dicen: nosotros les mandamos nuestro cobre y ellos nos envían algunos pocos dólares y algunas ideas— y que dichas doctrinas no guardan ninguna relación con nuestra situación. Señala concretas tareas para el intelectual latinoamericano. Persona privilegiada que en medio del enorme analfabetismo continental tiene la suerte de poder seguir estudios superiores. Y realiza esta enseñanza y esta denuncia con una franqueza inusitada en nuestros medios. La juventud estudiosa chilena, estamos ciertos, sabrá recibir dicho aporte adquiriendo una mayor conciencia de su papel histórico. Y es precisamente a esa juventud a la que Rivano ha dedicado lo mejor de su esfuerzo como profesor universitario y escritor.

J. V.

Compra - Venta

LIBROS

USADOS

San Martín 185

Santiago

# Joaquín Edwards Bello

## Rancagua válvula de escape para el Caudal Nacional

Rancagua es una ciudad enteramente dominada por el mineral, transformada y pendiente del mineral que desde la altura circundante preside su vida. Es una ciudad férrea, fría, de obreros; toda está supeditada a la vida obrera; no tiene barrio elegante ni paseo de sociedad en las calles principales, como ocurre en Talca, Chillán y otras ciudades del Sur. Rancagua nos recuerda siempre a Los Andes, y es que por su cosmopolitismo, por la cantidad de hoteles y pensiones para forasteros se parece a la metrópoli del ferrocarril internacional Buenos Aires-Pacífico. Lo mismo que en Los Andes, la vida social escasea, y en cambio, la vida obrera es intensa. La misma aglomeración de pequeños hoteles y pensiones, la misma variedad de cantinas y centros de diversión. Así como llega a Los Andes el tren internacional, lleno de escarcha en su techo, destilando el agua fría de la montaña, sudoroso y jadeante, así llega a Rancagua el tren de las minas, de Sewell con sus hombres rubios, fríos y mudos, de altas botas, gruesas mantas y sombreros de cow-boy.

Los empleados chilenos de esas minas, que nunca debieron pasar a manos extranjeras, imitan a los norteamericanos en la vestimenta. Llena está Rancagua de jóvenes morenos orgullosos con sus sombreros yanquis, sus botas y sus camisas como los altos empleados extranjeros de la mina. Desgraciadamente, ocurre en Rancagua algo muy parecido a Valparaíso, donde la muchachada chilena, vestida a la inglesa, con los pantalones arremangados, sirve al capitalismo extranjero con modestos sueldos, imitando las maneras y la vestimenta de los patrones que se llevan el tesoro de la tierra. Se buscan muchos pretextos, infinitos estudios se hacen para encontrar la causa de la baja de nuestra moneda, cuando la principal y única está ahí: en la salida de nuestros tesoros, el desembolso constante de nuestro caudales en el océano del capitalismo extranjero. Una y mil veces debemos repetir, con entusiasmo constantemente renovado, según la interpretación de Eugenio D'Ors, que al entrar en una tienda, al encender la luz y pagar el tranvía, damos dinero para Europa; es decir, pagamos las comidas, la calefacción y comodidades de muchos gentlemen que gozan de la vida a miles de kilómetros de Chile. El jovencito de Valparaíso, vestido a la inglesa y el jovencito de Rancagua, vestido a la norteamericana, son criados del capitalismo, criollos con un barniz de extranjerismo pasajero. El extranjero gana, atesora, escudado en nuestra falta de política económica, en nuestra imprevisión, y se va sin dejar ni rastros. La ley chilena no le pide nada, ni las gracias para este suelo ubérrimo que rinde mil por uno. Cuando se dice que el cobro de El Teniente no deja un centavo de

derechos a Chile, se dice todo. Las minas norteamericanas sacan de nuestro suelo doscientos o más millones anuales, otro tanto sacan los Bancos y otras empresas; los grandes capitalistas chilenos, después de haber contribuido al desbarajuste financiero actual por su falta de patriotismo, sacan sus capitales a Londres y Nueva York, diciéndose egoístamente: Aprés moi le déluge. Rancagua es el Río Tinto chileno, peor que Gibraltar para España, porque al fin y al cabo Gibraltar es un asunto sentimental; pero Río Tinto es una sanguijuela constante en el flanco derecho nacional.

Portugal, que nosotros hemos visitado en diversas ocasiones, es el ejemplo típico de una nación enteramente dominada por el capitalismo extranjero, especialmente el inglés; hasta el pan lo hacen las empresas inglesas. El primer Ministro belga declaró hace poco en la Cámara de su país: "Nosotros no queremos que portugalicen nuestro país".

En Lisboa no se ve genta rica, ni alta sociedad, ni siquiera esa burguesía contenta de la vida: quedan unos cuantos especuladores voraces y un pueblo famélico pendiente de las fluctuaciones de una atroz politiquería. En Lisboa la especulación es desenfundada. En cierta ocasión, debiendo partir a España, no pude encontrar ni en las casas de cambio ni en los Bancos, cambio de un cheque por quinientas pesetas. Ni la sucursal del Banco que lo giraba quiso cambiármelo. Se trataba de una vasta especulación. Dos días después la casa Weinstein, por mi amistad con el cónsul chileno, tuvo la amabilidad de cambiarme ese cheque y pude partir a Madrid.

Si a mí me preguntasen: "¿A qué nación mandaría usted a un chileno estudioso?" Yo respondería: "A Portugal". Allí aprendemos a evitar grandes defectos que están desgraciadamente en nuestra sangre.

La enajenación de la propiedad nacional en manos de empresas extranjeras es el principio de la esclavitud de un país. Tal ocurrió a Portugal, país con el cual tenemos más analogías de lo que parece, es una sucesión más vertiginosa de hechos, como que somos más nuevos y empecemos nuestra vida en épocas de mayores adelantos.

Contamos, como Portugal, con una tradición marítima, con un pasado brillante, con inmensas riquezas obtenidas por la conquista y con un gran estadista previsor, económico y patriota. Ellos, Pombal; nosotros, Balmaceda. Ellos, el Alto D'Oruro y Maranhao; nosotros, el salitre y el cobre.

Sebastián José de Carvalho y Mello, hecho más tarde marqués de Pombal, fue el Ministro que el Rey José I, con poderes omnímodos, verdadero Licurgo de aquellos tiempos (1699-1782). Se reveló en el horroroso terremoto de Lisboa, socorrió a la ciudad por medio de duras resoluciones. Su plan político fue la expulsión de los jesuitas, la nacionalización de las regiones ricas del país y del Brasil, la aplicación estricta de la economía y de la justicia. Grande hombre en toda la acepción de la palabra, llevó su país a una altura nunca vista, pero fue abandonado luego de la muerte del Rey José, su protector, y hundido por la intriga de jesuitas y enemigos políticos.

Rancagua nos sugiere siempre tristes meditaciones sobre el porvenir chileno. La venta de nuestras riquezas y el pase libre de ellas al extranjero revelan una insensatez política penosa. ¡Ni siquiera esa propina de los Gobiernos criollos, como son las aduanas! Cuando nuestros nietos vuelvan los ojos a estas generaciones que buscaban afiebradamente compradores y sindicatos para sus tierras y minas, tendrán derecho a burlarse de nuestra mentalidad. En todo caso, es forzoso que si la tierra pertenecerá a sindicatos extranjeros, nuestros nietos, nacidos en territorio chileno, serán obedientes servidores de ex-

tranjeros, aunque en el mejor de los casos, sean abogados o funcionarios.

Rancagua, Chuquicamata, los Altos Hornos de Corral: ¡he ahí la herencia que dejamos a nuestros nietos! Nosotros quisiéramos que un sindicato chileno fuese a adquirir una mina en Francia o Inglaterra para que tuviesen una lección práctica del nacionalismo. En Francia no pudimos establecer ni siquiera sucursal del Banco de Chile. Nuestro país era rico y el peso valía 48 peniques cuando no había teléfonos extranjeros, ni tranvías extranjeras, ni autos, ni tanta tienda extranjera, cuando Chafarillo se explotaba por chilenos y para chilenos.

Cerrar las válvulas, no dejar que se vaya el caudal, impedir que nos sangren como un cerdo, he ahí la manera de tener patria y tener moneda. Es una vergüenza que nuestros ricos, que han contribuido al caos con su egoísmo, con su imprevisión, con su falta de espíritu público, en el momento difícil compren libras y tomen el vapor para Europa.

Rancagua, con su aspecto de campamento internacional, con sus hoteles, y el Bar New York, y el criollo imitando al cow-boy, es una de tantas válvulas por donde se va nuestra savia.

Quando llevaste la discusión a un término y liquidaste el punto en tu favor, no niegues al adversario la posibilidad de levantar el torno del polvo de su rabia. Lo único que importa contigo es que no olvides los términos en que se llevó la discusión y calcules el provecho de ello: dónde has de poner sí, dónde no. Y no te enredes en epílogos inútiles sobre quién triunfó en la disputa; porque el hombre cede mientras no haga pública su falta de juicio. No te olvides que el sofista —como aquella reina del cuento— tiene un espejo debajo de su almohada, al que pregunta todas las mañanas: "Espejito mágico, ¿quién es el roto más inteligente del mundo?".

La cantidad en lógica comprende un momento de indeterminación que el sofista maneja con habilidad suma. Porque si, criticando, dice: "Todos los miembros de tal grupo, salvo algunos, son unos rufianes", no quedará mal con nadie en particular y dará la impresión de ser franco y valiente. Y cada uno de los miembros del grupo puede decir para sí: "Yo estoy entre esos algunos". Y el sofista puede decir después: "Se los dije en su cara"; y la verdad es que la cobardía, la vanidad o la indolencia te puso por debajo del sofista; porque debiste replicar: "Nómbrelos usted, no diga algunos".

**CONTRA SOFISTAS por Juan Rivano, 1966.**

## Hemos Recibido

**MONOLOGOS DE PIN Y PINA DE MIMI GARFIAS** — Colección de Narradores Chilenos — Ministerio de Educación Pública, Chile.

No es casual que múltiples obras de bajo nivel artístico alcancen gran difusión en nuestro medio y, en cambio otras de buen nivel poético —no editadas por sellos comerciales poseedoras de un gran aparato de difusión y distribución— son insuficientemente conocidas, tal como sucede, por ejemplo, con la obra que comentamos. La propaganda, en vista de vista de conseguir sus propósitos: vender los libros, intenta siempre ofrecer sus productos como si éstos fuesen excelente literatura, y sólo algunos lo son. Esta situación, en parte, podría remedjarse si los escritores consiguieran que sus mejores obras fueran editadas en las imprentas estatales, en ediciones populares.

Esta obra es un conjunto de cuentos, de títulos y contenidos diversos, pero, que tienen en común su cuidada y fina composición. La autora se nos revela con una sensibilidad que sabe expresarse, recogiendo los sonidos, los olores y las tensiones de la realidad: "Mis manzanos en la quinta de Maipú. Cogía las manzanas aún verdes. Me gustaba sentir el crujido áspero que hacían los dientes firmes al triturar la carne dura de las frutas. La claridad del alba apenas se balanceaba en el huerto cuando yo estaba metida en la copa de un manzano. De ahí miraba el mundo. Veía a Anselmo caminar desenvuelto por la carretera, con los ojos brillantes, bellos y duros. Su pelo crespo le caía en los ojos..."

El primero de los cuentos da su título a la obra. Lo creemos el menos logrado de los cuatro; ¿qué sucedió? al parecer los medios expresivos empleados no fueron los que el tema exigía y, pese a la belleza alcanzada en alguno de sus párrafos, en conjunto, más que en un cuento se asemeja a dos monólogos representables.

"La manzana de Arlette" nos reconcilia, de inmediato, con su autora. De

compleja estructura formal —se utiliza el monólogo interior, los tiempos sucesivos, el narrador impersonal, etc.—, dichos elementos expresivos se articulan, adecuadamente, en la totalidad del cuento. En un difícil y bien logrado tono lírico, Arlette aparece, nitidamente, desde su pasado y su presente doloroso: "Una densa neblina ha descendido obscureciendo aún más la noche negra. Alguien pasa silvando por la calle silenciosa. Un miedo infantil se apodera de Arlette. Pero ella está tan sola entre sus sombras. ¿Qué puedo temer? El silvido se alarga en el silencio y te recuerda el timbrazo sonoro y nervioso de él".

El tercer cuento nos muestra sólo un breve suceso. Por su brevedad y sencillez nos hace recordar a Chejov. Nos muestra sólo un hecho simple que golpea violentamente a un niño que estaba pensando en los gusanitos que podría recoger de la tierra húmeda. La intuición literaria de la autora le hizo elegir el modo narrativo adecuado: el enfoque desde el niño. El tartamudeo de Emilito crea la tensión propia de esa situación. Estos dos cuentos, por su riqueza narrativa, deberán formar parte de las futuras antologías del cuento chileno.

El último de ellos adolece de un cierto subjetivismo, expresado en una cierta quiebra entre la descripción y los monólogos interiores del personaje. La situación, sin embargo, está bien dada. El mostrar el personaje, a través de lo que otro dice, resultó expresivo: "... Yo la imaginaba cálida. Con los shorts de lino blanco. Ofreciéndome un plato de duraznos. Con su risa y sus ojos de miel..."

En conclusión, siendo ésta la primera obra de Mimi Garfias, podemos decir, sin exagerar, que se trata de una excelente obra. Su capacidad descriptiva es indudable y su observación para recoger situaciones conflictivas está probada. No necesita —desde el punto de vista formal— recurrir al monólogo interior para darnos los elementos significativos de la situación. Y estamos ciertos que su intuición literaria le aconsejará cuidar mucho de él.

J. V.

## LIBROS CORMORAN



**Una línea diferente en la producción editorial chilena**

**Obras económicas, de digna y moderna presentación gráfica**

**TITULOS APARECIDOS:**

Felipe Herrera  
**NACIONALISMO LATINOAMERICANO**

Armand Mattelart  
**¿A DONDE VA EL CONTROL DE LA NATALIDAD?**

Luis Oyarzún  
**TEMAS DE LA CULTURA CHILENA**

Jaime Eyzaguirre  
**BREVE HISTORIA DE LAS FRONTERAS DE CHILE**

José María Arguedas  
**LOS RIOS PROFUNDOS**

Alejo Carpentier  
**EL REINO DE ESTE MUNDO**

Carlos Droguett  
**ELOY**

Nicanor Parra  
**CANCIONES RUSAS**

Marina Orellana  
**GLOSARIO INTERNACIONAL INGLES-CASTELLANO**

Francisco Otta  
**BREVARIO DE LOS ESTILOS**

**En venta en todas las buenas librerías  
Pedidos por mayor a:**

**EDITORIAL UNIVERSITARIA**

San Francisco 454 - Casilla 10220 - Fono 393461

SANTIAGO — CHILE

# Quilodran

PROXIMO NUMERO DEDICADO A CESAR VALLEJO

## EDITORIAL ANDROVAR

- 1  
"CUADRILATERO"  
Poli Délano
- 2  
"LA CASA FANTASMA"  
Brulio Arenas
- 3  
"MUDANZAS DEL TIEMPO"  
Luis Oyarzún
- 4  
"DEL ATARDECER"  
Aurelio Pinochet Alvis
- 5  
"DOS CUENTOS DE JAZZ"  
Armando Méndez Carrasco
- 6  
"DE AYER Y DE HOY"  
Alberto Spikin-Howard
- 7  
"LA HERIDA DEL TIEMPO"  
Carlos Morand
- 8  
"AL CUERPO HUMANO"  
Luis Vargas Saavedra
- 9  
"BAJO UN SILENCIO"  
Rodrigo Quijada
- 10  
Patricio Guzmán
- "JUEGOS DE VERDAD"  
11
- "POLICIAS EN EL CUENTO  
CHILENO"  
Darío de la Fuente
- 12  
"ESTO NO ES EL PARAISO"  
Luis Rívano
- 13  
"UN LATIDO EN EL VIENTO"  
Humberto Moreno
- 14  
"EL SIGNO DE ESPARTACO"  
Luis Rívano
- 15  
"LA JAURIA"  
Mario Muñoz
- 16  
"EL CUADERNO DE VICTOR  
HIDALGO"  
Luis Rívano
- 17  
"EL APUNTAMIENTO"  
Luis Rívano  
En prensa:

La  
Revista Quilodrán  
y las  
Ediciones Androvar  
se  
encuentran  
en la  
Librería de

**LUIS RIVANO**

GALERIA KARMY - SAN DIEGO 119

LOCAL 117 — SANTIAGO

